

La Ametralladora

14 DE MAYO DE 1939 ·

AÑO III N.º 119

AÑO DE LA VICTORIA



Semanario de los Soldados

Gratis a los Combatientes



La vuelta al trabajo

(POR V. VIJES)
Ayuntamiento de Madrid

25
CT5

LAZO
EL MEJOR COÑAC

CASA LAZO
— S. A. —
HUELVA

SERRA Y C^{IA}. S. L.

CONSTRUCCIONES METALICAS
HIERROS PARA OBRAS
— FERRETERIA —

ALVAREZ QUINTERO, 17 Y 19
SEVILLA

VIUDA DE CAMUÑA
COSECHERO Y EXPORTADOR
DE VINOS TINTOS Y BLANCOS
BODEGAS EN VALDEPEÑAS

NOMBRE Y MARCA REGISTRADA
VALVANERA

ÁLVAREZ QUINTERO, DEL 29 AL 33 - TEL. 24.438
ALMACÉN:
MARQUÉS DE PARADAS, 47 - TEL. 26.599
SEVILLA

CONSERVAS
QUIRÓS
DE FAMA MUNDIAL

APARTADO 146
TELÉFONOS: 1.393-1.392
VIGO (ESPAÑA)
CABLEGRAMAS
TELEGRAMAS:
BRUCA

Fábrica de Artículos de Viaje

MIGUEL SANCHEZ

FABRICA: Castilla, 170
Telf. 28564
DESPACHO: Murillo, 5 y 7
Telf. 23600

SEVILLA

CONCESIONARIOS
de las Especialidades del Dr. Fernández de la Cruz

Fernández Gómez, S. A.
ALMACEN DE ESPECIALIDADES FARMACEUTICAS
PRODUCTOS QUIMICOS Y DROGAS

Despacho y Escritorio:
ARANJUEZ, 2 al 10
Almacenes:
GOLES, núm. 52 - Dpdo.
TELEFONOS 23179, 22318 y 22509
SEVILLA

CARBONES GROSSO
SEVILLA, S. A.

Importación directa,
de origen nacional y
extranjero, de Hulla,
Antracita y Cock para
Industrias, Calefacción
y uso doméstico.

OFICINAS:
MORATIN, 22
TELEFONO 25072. - **SEVILLA**

Reservado para el
Banco de Avila

CEMENTOS COSMOS C. A.
TORAL DE LOS VADOS (LEÓN)

GRANDES RESISTENCIAS
CONSTRUID CON CEMENTO
PORTLAND **COSMOS**

BRITANY FÁBRICA
DE CONFECCIONES

Salustiano Estrada Sánchez
Montes Sierra, 8 - Tel. 22.038 - **SEVILLA**

FÁBRICA DEDICADA ACTUALMENTE A LA CONFECCIÓN DE PRENDAS PARA
NUESTRO GLORIOSO EJÉRCITO

EXTRACTOS CURTIENTES
Y PRODUCTOS QUIMICOS, S. A.
ALMACÉN de DROGAS al POR MAYOR

Angostillo, 6 **SEVILLA**

SOCIEDAD BILBAINA
DE MADERAS Y ALQUITRANES, S. A.
ALQUITRAN DE LA HULLA
APARTADO N.º 318. - **BILBAO**

GRAN HOTEL
VISTA ALEGRE

Vergel, 9 - Teléfono 46
Puerto de Santa María (Cádiz)

ANÚNCIESE
EN
"LA
AMETRALLADORA"

DOMECQ
DOMECQ

SIEMPRE
COÑAC DOMECCO

No queremos una paz cómoda y fácil. Queremos la paz que da la victoria: la paz del trabajo.

La Ametralladora

SAN SEBASTIÁN
AÑO III 14 DE MAYO DE 1939 N.º 119
AÑO DE LA VICTORIA

Franco supo conducir al ejército hasta la victoria total. Franco sabrá guiarnos en todo momento por las rutas difíciles de la paz.

EL GRILLO

(Sección dedicada a explicar bien cómo es el grillo.)

El grillo se ha creído que eso de pasarse el día y la noche haciendo el grillo tiene alguna gracia y por eso no hace más que darnos la lata con su imitación del grillo.

—Ya podía usted imitar otra cosa—había que decirle al grillo para que no fuese tan pesado y nos dejase en paz—. ¿Por qué no aprende usted a hacer la gallina?

Sin embargo al grillo no le gusta hacer la gallina, ni el pato, ni el niño recién nacido, ni el tren que es más fácil. Su obsesión es hacer bien el grillo y se pasa el tiempo ensayando con la esperanza de hacerlo mejor algún día; pero no puede y nunca llega a salirle como él quisiera.

—¡Cri, cri!—hace el tío a cada momento.

Y luego piensa:

—Parezco un grillo pero poco—. Y eso le desanima.

El grillo sueña con ir a las grandes capuchinadas para hacer su gracia en medio de un salón y para que los invitados le aplaudan. A veces su sueño va un poco más lejos y aspira a trabajar en un teatro de variedades para hacer su número maravilloso como final de programa. Un foco, un silencio angustioso y solo su "cri cri" de grillo. Luego los aplausos y las flores.

Es inútil que al grillo se le saque del agujero en que vive y se le encierre en una jaula como castigo a tanta lata. Encerrado en su prisión, lo sigue haciendo también con más intensidad que nunca.

En su jaula el grillo es como un prisionero repugnante. Parece un negro de Ohio que cumpliera condena por estupro. Tiene la misma pesadez de los negros y su canción monótona y melancólica es una auténtica canción de negro.

—¡Cri, cri, cri!—hace el imbécil del negro antes de comer la hoja de lechuga que le dan por todo alimento.

Y sin embargo ese "cri cri" continuo, esa imitación concluyente del grillo, es lo que le salva del gran escobazo. Porque si no lo hiciera la gente se daría cuenta de que ni es un grillo ni es nada, sino que es una simple cucaracha y la pisaría con el pie.



Dos grillos hablando de sus cosas.



LOS NOVIOS PRUDENTES

Personajes:

FULGENCIO
GENOVEVA

ACTO ÚNICO

Fulgencio.—Querida mía. (Le pasa la mano por el pelo y se la pone hecha un asco de brillantina). Si alguno pretendiera quitarme tu amor, no sé lo que haría. Todo meritos un homicidio, porque no sé qué gracia podría tener el pasarme veinte años en la cárcel.

Genoveva (mirándole con mucho amor). Es verdad. Y ni siquiera una herida debes hacerle. Quizá lo mejor será que le des dos tortazos...

Fulgencio (abriendo el Código Penal y leyéndolo rápidamente).—Tampoco. Los agresores son perseguidos a querrela de parte y yo no quiero lios.

Genoveva (con voz trémula por la ansiedad).—¿Qué? ¿Te suicidarías?

Fulgencio (con tono indignado).—No pensarlo siquiera!

Genoveva.—Entonces, ¿qué harías?

Fulgencio.—Ya te he dicho que no lo sé. Pero, ¿por qué pensamos en estas co-

sas? Te quiero y me eres más necesaria que el aire. Con esto no debes entender que existes en estado de combinación en mis glóbulos, y que sin ti no podría cumplir una función tan importante como la respiración.

Genoveva.—Naturalmente. El aire es una cosa más importante que nuestro amor. Sin nuestro amor las plantas y los pajaritos continuarían viviendo y sin aire palmarían todos, y también mi abuelita palmaría y mi tío José y el redactor-jefe de LA AMETRALLADORA, ese que juega muy bien al dominó, palmarían también... ¡Vivan los animales y las plantas! ¡Viva el redactor-jefe de LA AMETRALLADORA!

Fulgencio.—¡Viva! Y nosotros continuaremos amándonos hasta que haya peligro de que nuestro amor haga morir a los pajaritos y a las rosas...

(Los dos novios se cogen de la mano y continúan diciendo sandeces).

TELÓN

EL ANCLA

(Sección dedicada a explicar bien cómo es el ancla.)

Nadie ha probado nunca un ancla y sin embargo es el pescado más sabroso, el que más sabe a mar, el que le da sopas con honda a todos los mariscos, el que se debe tomar a cada instante con salsa mayonesa.

—Un ancla con limón—debían de pedir los marinerazos en las tabernas de los puertos.

En el barco el ancla parece que está fosilizada. Pero al ser arrojada al mar vuelve a recobrar su vida anterior y es el gran pez que fué siempre; el más sabroso y además el más noble.

El ancla es para los marineros como el perro para los campesinos; el animal que les guarda la casa cuando ellos están ausentes; el que no se deja arrebatar lo que confiaron a su custodia.

Igual que a los perros, hay que tenerlos atados con una cadena para que no se escapen; y esto precisamente es lo que demuestra que el ancla es un animal vivo pues de no serlo no habría necesidad de tenerlos atados.

Los marineros sufren lo indecible cuando tienen que tirar el ancla al fondo del mar porque su gesto tiene algo de asesinato, de atentado contra el ancla. En ese momento, todos los marineros parecen un poco criminales.

Por el contrario el ancla es en ese instante cuando se encuentra más feliz ya que al llegar al fondo del mar es rodeada por todos los peces que le preguntan cosas. Es como un viajero que llega y que siempre tiene algo interesante que contar.

El mejor amigo del ancla es el besugo. El besugo, tan campechante, tan bonachón, con su tipo de aficionado a los toros, tiene una gran amistad con el ancla. El besugo parece un gerente de teatro, un manager de boxeador, el dueño de un café cantante y solo le hace falta un puro y una gruesa cadena para el reloj. El día que consiga estas cosas, saldrá del mar y se irá a sentar en la terraza de un café.

Cuando los marineros vuelven de las tabernas tiran del ancla y el ancla se despidió de sus amigos durante su ascensión de apoteosis.

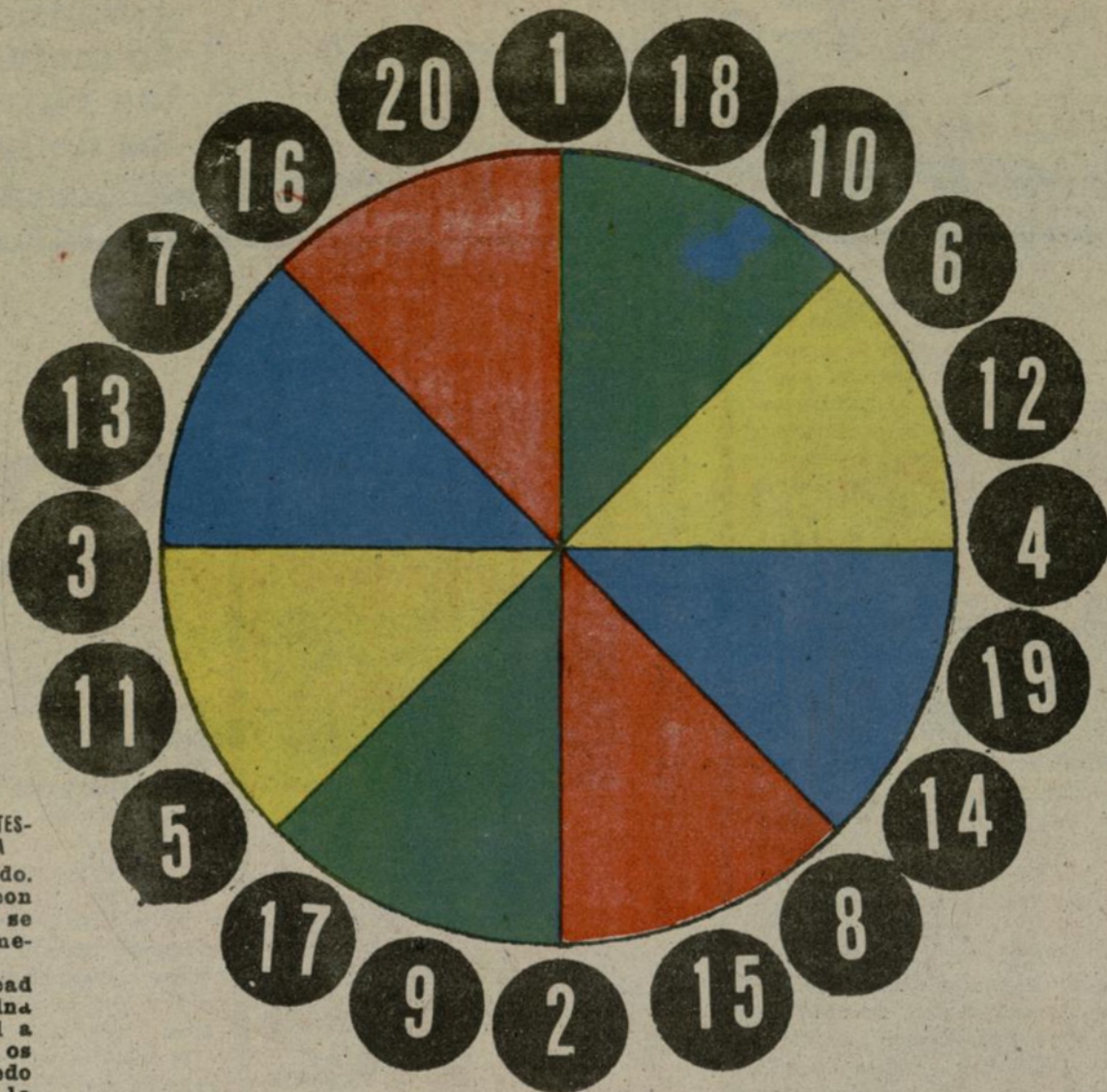
—Hasta la vuelta—les dice a todos. Y todos se despiden con el pañuelo.



Matrimonio pescando anclas.



¿ME CASARÉ CON EL HOMBRE QUE AMO? ¿SERÉ FELIZ?



MODO DE BUSCAR LA CONTESTACION A SU PREGUNTA

Se coge un dedo. Se le lava bien con agua y jabón y se pasa por los números de la rueda.

Hecho esto buscad dentro de la página el número igual a aquel en que se os haya parado el dedo y encontraréis la respuesta.



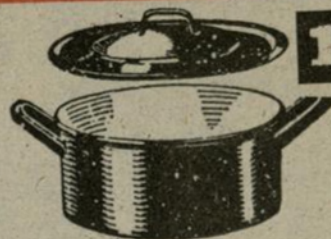
17

Si. Se casará usted y tendrá un torero.



9

Hay una mujer morena que trata de impedirlo.



14

Si. Se casará usted y le regalarán una cacerola.



3

¡Tonta! ¿Para qué le hace falta a usted casarse?



5

Se casarán ustedes y serán muy felices.



19

Se casará usted, será feliz y tendrá un bigote.



15

Se casará usted pero poco.



20

Debe usted olvidar ese amor y comprarse una bicicleta.



9

Se casará usted pero en seguida su marido se escapará en globo.



12

Antes debe usted hacerse la permanente.



1

No le dará a usted en el pico.



4

Si. Serás muy afortunada en amores.



2

Se casará usted pronto y sus amigos le harán bonitos regalos.



18

Se casará usted y engor- dará como una vaca.



10

No. Pero hay otro hombre loco por usted.



13

Hay una mujer rubia que trata de impedirlo.



11

No piense en tonterías. Antes aprenda a hacer un huevo frito.



7

¿Con cuál de los cinco que ama se quiere usted casar?



16

Antes que se case le va a salir la barba.



8

Si. Se casará usted y tendrá un niño.

GEOMETRIA DE ALMAS

Han comenzado los desfiles de la Victoria, y las impresiones gráficas de los mismos no pueden ser más bellas. En España, nuestros soldados han aprendido exactamente el secreto de la marcialidad.

Pasan las filas rectas de las escuadras con la cabeza erguida, tensos los brazos, derechas las figuras, pisando fuerte sobre la tierra que han dominado con el triunfo. Ofrecen los batallones, las banderas, los tercios, hermosas perspectivas geométricas de alineación matemática. El mismo ritmo, el mismo paso, la misma actitud. Parece que forman un solo cuerpo dibujado con regla y compás y que un solo movimiento de marcha les anima. Pasan las Falanges y las Legiones ofreciendo aspectos de friso griego o de ánfora romana. Desfila un pueblo cuya juventud está impregnada de un profundo y místico sentido de milicia.

Es el símbolo del nuevo modo de ser. Ayer, la muchedumbre, la masa que celebró el advenimiento de un régimen indigno, lo hizo en tumultuosa bacanal de los más torpes instintos; se aglomeraban gentes de la más baja extracción social en camiones y carromatos; aquello era la monstruosa amalgama de los sentimientos inferiores y primarios, la exteriorización tabernaria de que se había iniciado un régimen tabernario.

Por eso vemos con regocijo y con esperanza este nuevo estilo en el demostrar el júbilo por el triunfo incomparable. Nuestro Ejército, que no es otra cosa que el Pueblo hecho milicia y puesto sobre las armas a fin de exterminar a la anti-Patria, crea con los cuerpos de sus muchachos una nueva geometría; cada batallón es un bloque de roca certeramente tallada sobre la que se ha de edificar de nuevo España; geometría de los cuerpos que trasciende de la exactitud que encierran las almas.

Porque en estos espíritus han floreci-

do las nuevas virtudes de la rectitud, la puntualidad, la disciplina, la jerarquía que no solo perduran mientras los pechos van cubiertos con el uniforme que triunfó en mil empresas o en la camisa azul que da tono a la España de hoy sino que conserva su vigor exactamente dentro del alma cuando el labrador vuelve a la dureza de su faena, el abogado a sus libros, el médico a su hospital, el químico a su laboratorio.

La guerra ha impuesto su carácter sobre aquellos que más directamente han participado en ella: sobre los combatientes. Todos ellos animados por un mismo sentimiento, todos ellos subordinados a una misma voz; en el mañana próximo en que el Caudillo dé una voz de mando, ésta no dirá "Firmes" ni "Adelante"; si planea una operación no será para vadear un río o conquistar un macizo montañoso, pero sí señalará una cifra mínima en la producción del trigo, el tendido de una poderosa presa que haga producir fuerza motriz al río que antaño se vadeó, la construcción de un nuevo acorazado que venga a aumentar la poderosa flota del futuro español; entonces, estos hombres, dóciles como hoy a la voz de mando, darán su trabajo, su dinero, su sacrificio, su comodidad en aras de la suprema visión de una Patria grande. Podrá disolverse el Ejército con un licenciamiento después de la Victoria, pero a la menor señal de peligro para la Patria o para la Revolución Nacional que hemos encauzado, las líneas rectas, exactas, de las escuadras que hoy desfilan entre músicas alegres con aire marcial, volverán a reaparecer otra vez en la misma formación hierática y solemne en que hoy los vemos, como un solo cuerpo, como un solo espíritu, tensos los brazos que se endurecieron en la guerra, para afirmar siempre ante el Caudillo que no se ha malogrado la sangre de los que cayeron.



Mujer

Barbuda

SONETO

Bigote y barba, bella Margarita.

Besos de enredadera ensortijados.

¡Ay! ¡qué amores los tuyos en primavera
con novio barbilindo bien afeitado!...

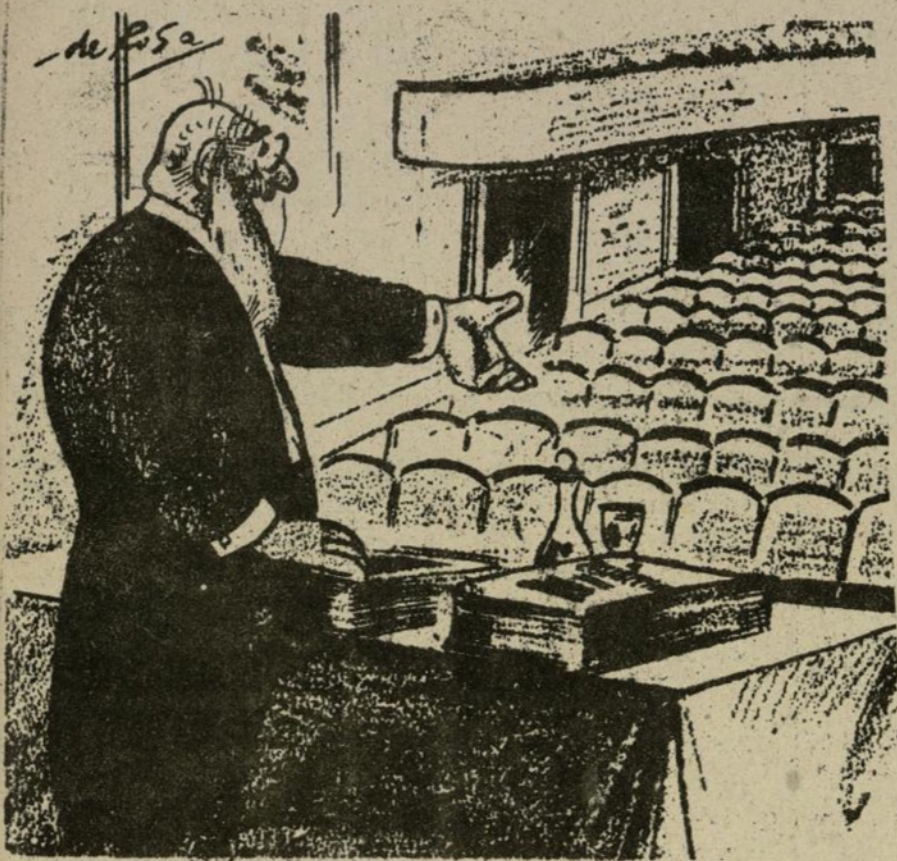
¡Qué paseos del brazo por esos parques
ante guardias y niños desorbitados!...

¡Qué amores en las frondas de la enramada!...
¡Qué multas tus barbas te habrán salvado!

Me imagino tu boda, blanca paloma,
el rubor asomando por la espesura
y el temblor en tus rizos al dar el «Sí».

Me imagino la noche y el «al fin solos»,
ante el gesto asombrado y enloquecido
del severo criado del Wagon-lit...

EL VATE PEREZ



El conferenciante optimista.—¡Salgan de ahí! ¡No se escondan!...

BORRADORES DE LA CARTA QUE ESCRIBIO DON JUAN TENORIO A DOÑA INES, DE LOS CUALES SALIO LA CARTA FAMOSA Y DEFINITIVA

Juan Tenorio

Burlador

Sevilla 12

Srta. Doña Inés de Ulloa (Novicia.)

Muy Srta. nia. Enterado de su estancia en ese convento y habiendome apostado con unos amigos, que iba y la raptaba, la presente es para comunicarle que pasare por esa su celda, a las diez de la noche con el propósito antedicho.

Queda de usted s.s. q. 6. s. p.

Juan Tenorio

Espera contestación.

Juan Tenorio

Burlador

Sevilla 12.

Srta. Inés.

Admirada señorita.

Ante todo mil perdones por la molestia que le voy a causar, pero el caso es que no tengo mas remedio que raptarla a usted. Sebra que soy un don Juan y los don Juanes somos así... Además sin este requisito no puede venir el otro acto.

Perdone el atrevimiento y hasta las 10

Juan Tenorio

Le ruego tenga todo lo dispuesto para desmayarse.

Juan Tenorio

Burlador

Sevilla.

Mi querida amiga. Luz de donde el sol la toma... Hermosísima paloma que persigue un gavilán.

Desde el momento en que la conocí un temblor entro en mi pecho.

Radiantes pupilas
mejillas

(no me acuerdo de nada)

Estas dos perlas pupilas
que se desprenden divinas.

(Recordar que tenga sofa para luego.)



Pluma para el conde de...
12. p. 12.

Juan Tenorio

Burlador

Zaragoza Sevilla.

Doña Inés del alma mia
Luz de donde el sol la toma

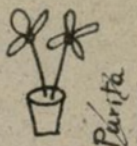


La verdad es que estoy hecho un Rodolfo Valentino

Hermosísima paloma privada de libertad

Esas lagrimas pupilas que se desprenden divinas.

Hombre es don Juan que a lo querer volverá al palacio. No. Esto no es de aquí.



Pierita
Petro Pops Zapatería
Luz de donde el sol la toma

Juan Tenorio

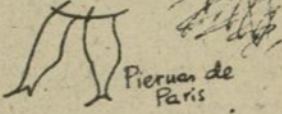
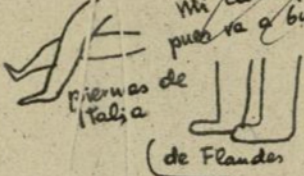
Burlador

a ver si cuidamos el metro.

una Toma Loma Tad.

Soy el convidado de piedra dra, dra, dra

mi carta que es feliz pues va a buscarnos



Piernas de París

Tralarala, rala, rala
Tralarala, rala, rala
Tralarala, rala, rala
Tralarala, rala, rala

Piernas de Flandes

Bar 14 Giralda
Sicope. 14.

Juan Tenorio

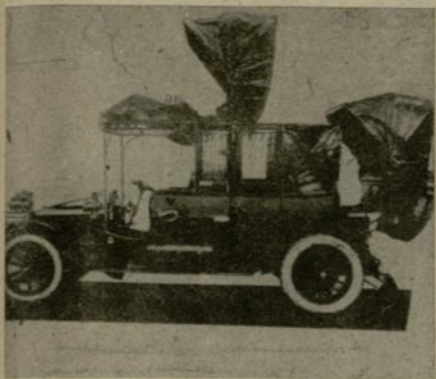
Burlador

Sevilla 12.

Doña Inés del alma mia
Valgame Dios que principio.
No apurarse será un ripio que traerá la presa.
Doña Inés del alma mia
Luz de donde el sol la toma
Hermosísima paloma privada de libertad
etc... etc...

y la firma de
Don Juan

MI BARCO VELEERO



Yo tengo un barco velero
en el puerto de Almería.



No hay otra barca en el muelle
más bonita que la mía.



Tengo un amor que me espera



al arribar mi velero;



con su cariño y mi barco
yo me río del mundo entero.



Mi barco velero.



Como una paloma blanca



cruza el mar siempre ligero.



Mi amor lo mataste tú



con tu querer traicionero.



Ya no me queda en el mundo.
más que mi barco velero.



Ya no me espera en el muelle
el amor que yo tenía;



más lagrimitas he echao
que aguas lleva la bahía.



Tú te has marchao de mi vera



y de penilla yo muero.

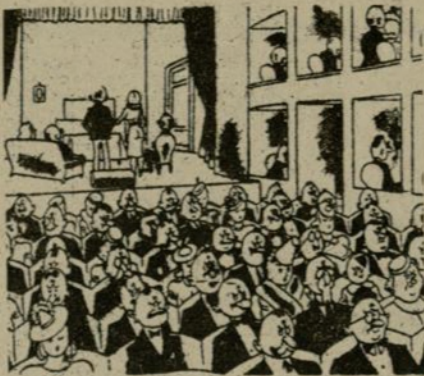


Ya no me queda en el mundo
mas que mi barco velero...

CARICATURAS REQUISADAS



—¡Doctor, doctor! ¡Mi marido, en vez del termómetro se ha puesto el taxímetro, y marca cincuenta pesetas con treinta céntimos!..

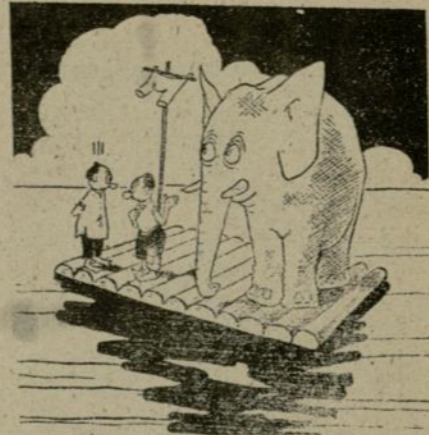


El público y los actores se han peleado.



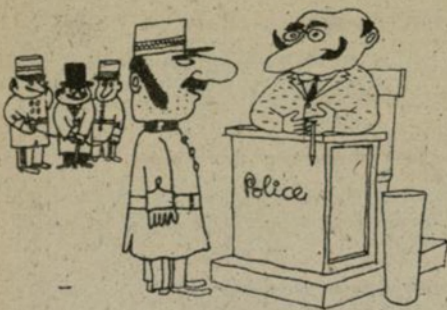
EN LA CÁRCEL

—¡Qué lástima! ¡Era un hombre tan simpático!..



NÁUFRAGOS

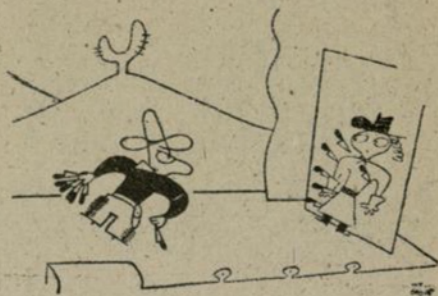
—Durante el naufragio quería salvar a aquella chica tan guapa, pero en la confusión me equivoqué...



—No hemos conseguido capturar al ladrón, pero la víctima no se nos escapa...



—¡No le molestes! Cuando está triste, su único consuelo es la música...



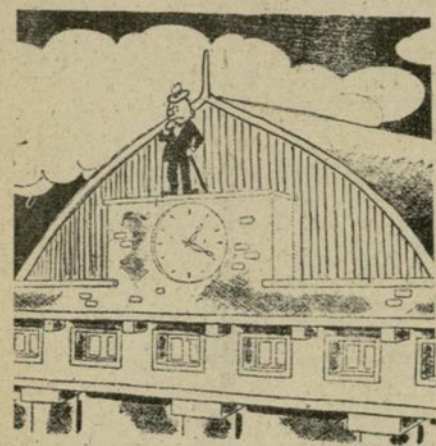
—A propósito... ¿Qué me llamas-te esta mañana?..



—La máquina calculadora no funciona y hemos puesto un empleado para sustituirla...



—No es por quitarme años... ¿Pero está usted seguro de que la última vez le corté yo el pelo?..



—Pues yo no me he equivocado... La cita era en el reloj de la estación...



MANICOMIO

—¿Hay alguno que haya decidido ser perro?
—No.
—Me alegro, porque yo he decidido ser farol...



—¡Oh, la selva! ¡La selva virgen e impenetrable, donde los lianas se enroscan en los árboles altísimos y las fieras rugen en la noche!..



—Está solo en el mundo y nadie le ha dicho que ha llegado la primavera...

TOREROS



JA RDINERA

NOVELA GRANDOTA, Por ENE

Después de almorzar, se desabrochó los últimos botones del chaqué que se abrió como una herida, no partiéndose en canal por impedírselo la cadena del reloj.

Después se enhebró un palillo en los dientes que ya le había de acompañar toda la tarde, y esperó tomando café a que fuera la hora de los toros.

No es que torease su torero aquella tarde. Su torero no toreaba nunca pues, o no existía o se trataba de un torero de tiempos remotos, de esos cuya máxima virtud taurina era querer mucho a su madre y darle todo lo que ganaba.

En tiempos de Machaco aturdió a la gente hablando de Frascuelo; cuando llegaron Joselito y Belmonte, amargó la alegría de muchos recordando al Bomba. Para él todo lo pasado era lo bueno; pero el caso es que cuando el pasado había sido presente, tampoco le gustaba.

Partió para los toros en "manuela"; el taxi no le parecía castizo y era en vago que la gente le dijese que en tiempo de las "manuelas" no se iba a la plaza en silla de mano. Para el viejo aficionado su palabra era artículo de fé y no admitía discusiones.

Cuando llegó a la plaza ya había empezado la corrida. Siempre le pasaba lo mismo y tenía que trepar por el tendido molestando a todo el mundo. Ya en su localidad antes de sentirse, tuvo que saludar a todos sus amigos que estaban en la grada, hasta que el espectador de la localidad de detrás de la suya le pidió:

—¿Le importaría a usted dejarme ver la corrida?

—Pues no tiene usted poca prisa!... Y se sentó con las piernas muy abiertas como si tuviera en medio un niño de diez años. La fila sufrió el choque por la derecha, y ese choque, como la honda de la piedra en un estanque, se alejó corriendo de espectador en espectador hasta que al cabo de un momento el buen señor recibió un leve choque a su

izquierda; era el suyo que había dado la vuelta al ruedo.

No le importaban las quejas de sus vecinos. El tenía que estar más ancho que nadie; "para eso llevaba cuarenta años de abonado". Era como si estuviese en el patio de su casa. Pero aún no había llegado el momento de mirar al ruedo; tenía aún que enrollar un pitillo y encenderlo, para después ir dejando caer la ceniza en la espalda del espectador delantero.

Ya estaba. Unas chupadas y... a toser. Pero a toser como un bárbaro y a soltar verdaderas cataratas de saliva, que rozando la chaqueta del otro terminaban por formar un charquito a sus pies.

Antes de mirar al ruedo, se puso el pañuelo al cuello, como un babero, y luego levantó la vista para gritar de repente:

—¡No vé! ¡Ese toro no vé!...

Pasó la tarde del buen aficionado, gritando a todo y tuteando a los toreros al dárles consejos.

—¡Páralo más!...

Luego increpó al presidente; más tarde sacó un pitó y un cencerro, y después de cada zolo se levantaba diciendo:

—¿Qué pasa?

Por fin descubrió al otro lado de la plaza a un amigo y comenzó a gritar:

—¡Eh!... ¡Eh!... ¡Eh!...

Al principio nadie se dió cuenta, pero poco a poco el público no podía pensar en otra cosa.

—¡Eh!... ¡Eh!...

—Con tal de que lo vea pronto. —pensaba el público. Pero el amigo del otro lado no parecía darse cuenta.

—¡Eh!... ¡Eh!...

Los gritos eran tan violentos que la corrida había dejado de interesar y estaba a punto de detenerse, hasta que al fin, un vecino de la localidad del llamado, le hizo una indicación.

—Parece que le llaman a usted desde el 2.

El amigo miró y al reconocerle le gritó a su vez:

—¡¡Eh!...

—¡¡Eh!... —contestó el otro con alegría. Le hizo un gesto de saludo con el brazo y luego volvió a gritar "eh", pues es todo lo que tenía que decirle.

Esto se repitió varias veces, con distintos amigos. Hasta que al fin le tocó matar su toro a Florencio Sánchez. Y entonces toda la plaza guardó silencio.

—S—

Hasta aquel día, Florencio Sánchez había sido el torero más prestigiado de la Península. Siguiendo el ritmo de las orejas ganadas en el ruedo, se habían ido abriendo en todas las capitales. Circulos que llevaban su nombre. Allí, bajo unas catres desecadas de toro, se sentaban sus admiradores y se pasaban las tardes sin hacer otra cosa. La fama, pues, de Sánchez, tenía sentados a un tiempo, en toda España, a más de tres mil señores.

El secreto de Sánchez es que había nacido en un corral y se había amamantado con leche de vacas bravas. Eso era lo que le hacía ser tan temerario con las reses, igualándolas en valor.

Pero aquella tarde, en la plaza de Madrid, se nubló su estrella. Toreaba, pues, del corral donde nació, mano a mano con Orejas, el otro gran matador de la época. Y el Orejas triunfaba en todo momento; todo le salía bien. Mientras que a él, algo extraño le ocurría, que le hacía estar torpón.

La gente, que al principio había guardado silencio, le empezó a gritar desde que en el primer quite había veroniqueado a la fiera sin castigarla. Y las chufas siguieron a notar la suavidad que empleaba el diestro al lancear al cornúpeto.

Por de pronto, cuando la gente había pedido que le pusiesen banderillas, él intruyó cerca de la presidencia para

que no se las pusiesen. Después, en el brindis, en vez de hacer depender la suerte del brindado de la muerte del toro, no había aludido a la tal, y se había limitado a dar las buenas tardes a la presidencia. Empezó con un gran pase, que de repente había hecho rugir de alegría a los espectadores, y luego había ligado una faena colosal, en la que los pitones del astado daban "póscir" a los alamares de la chaqueta.

¡Qué entusiasmo! ¡Aquella madre que había arrojado a su niño para que el diestro lo empapase de sangre de toro! ¡Aquel caballero que decía a gritos que al final de la corrida le enviaría a diestro todos los muebles de su comedor! El ruedo estaba tan lleno de sombreros, que parecía que habían brotado allí. Aquello parecía una plaza de toros.

Sánchez toreaba así no sabía por qué. A cada pase decía: "Este es el último; en seguida a matar..." Pero ante esta idea se encastraba su espíritu y un escalofrío le recorría el corazón. Matar no; matar a este bravo animal... Y, sin embargo, no había más remedio; llevaba ya tres cuartos de hora muleteando, y la gente se impacientaba y pedía sus sombreros. En uno de los pases, tropezó el diestro y cayó ante las astas del toro; éste quedó inmóvil, sin hacer nada por cornearlo; los demás toreros, no se atrevían a iniciar el quite, por miedo que el toro, enfurecido, diese una cornada al derribado. La gente decía:

—¡Esto es un milagro!

El torero, desde el suelo miraba al toro, esperando que éste se marchase para levantarse, y sus ojos se encontraban. La mirada del toro era dulce mirada, que además tenía la misma intensidad que la del diestro Sánchez se dió cuenta de ello.

—"Esta mirada—pensó—solo la tenemos los que nos hemos amamantado con leche de la vaca "Josefa".

Y siguió mirando a su enemigo, que lo miraba pleno de dulzura. El torero

vió el número del hierro y lo comprendió aquel tiro era hijo de "Josefa"; aquel toro era su hermano de leche. La fiera se adelantó hacia él lamándole las manos. El diestro se levantó acariciándole el testuz.

—¿Que lo mate!—decía el público.— ¡Aquí no queremos escenas de familia! El torero siguió la faena. Ahora notaba cómo al pasar el toro junto a él, hurtaba cuidadosamente el cuerno, para que no le fuese a pinchar, al tiempo que le pasaba amorosamente la lengua por el pecho.

Le dieron un aviso, dos avisos, tres avisos; salieron los mansos y se llevaron al toro y al torero, que le pasaba la mano por el cuello entre una bronca espantosa; pero ¡qué le importaban a él los denuestos, si se trataba de un hondo afecto familiar!...

El segundo toro le había tocado a Mijalitas, que se abrió de copa en lugar de meterse en un armario, y por esa equivocación fue cogido por el toro. —¡Ha sido una cornada de caballo!—era la expresión de todos los que habían visto la cogida.

Una cornada de caballo, era cierto; en plena tripa, con desgarramiento muscular, rotura del diafragma y salida de la masa intestinal.

—Mirad sin remedio—aseguraban los médicos de la plaza; y la noticia corría a hacer la felicidad de los periódicos de la noche.

La única que no estaba emocionada era la Muerte. Ella sabía lo que iba a pasar; es más; lo había preparado todo con cuidado.

Por de pronto, le había hecho decir al diestro, días antes, que ese sería el último año que torería en España; que haría la temporada de México y que después se retiraría, casándose con una muchacha de su pueblo.

Esto, como se ve, era clásico que lo dijese el diestro antes de su cogida mortal. Pero aún había llegado a más la Muerte, en su respeto a la tradición. La noche antes de la corrida, el torero había estado en el café con unos amigos, y antes de acostarse le había dicho a su mozo de estoches que tenía la idea de que le iba a ocurrir algo en la corrida de mañana...

En el camino hacia la plaza, el diestro se había mostrado preocupado, y un transeúnte se había metido con él. Cuando estaba arreglando la muleta para principiar se había arrancado de improviso el toro (azuzado por la Muerte) y lo había enganchado, primero por la taleguilla y después por el pantalón por el sitio donde le el sastre cose la etiqueta.

La Muerte esperaba en un rincón de la enfermería a que el diestro pronunciase las últimas palabras para intervenir con su puntilla inexorable. Pero el diestro solo lanzaba gemidos o decía frases sin categoría de últimas palabras. La Muerte necesitaba que estas tuviesen un valor dramático, que fuesen como un solemne arco funerario para la entrada en ella. Esperaba un adiós lamentándose de no volver a torrear y rogando a sus amigos que no se olvidasen de su hermana, esa hermana que tienen siempre los toreros y cuya existencia se ignora hasta el día de la cogida.

El torero solo se dedicaba a respirar, y seguía en su mutismo. La Muerte comenzaba a impacientarse; había sacado de su bolso el "shock" traumático, que había de arrojar al herido en el momento preciso, como punto final.

—En cuanto diga que se da cuenta de que se muere, me lo llevo. Pero el herido, que había comido mucho y muy tarde aquel día, no estaba inspirado y no decía esta boca es mía.

—¿Que pida agua a mí y yo remato!—pensaba la señora.

Mas el torero no tenía la menor sed. Los médicos le habían ofrecido agua y él la había rechazado con un gesto. La espera se prolongaba demasado; era la una de la mañana y el moribundo no decía sus últimas palabras. La

Muerte estaba muerta de sueño.

Llegó ya mañana, y el mutismo continuaba. Los médicos empezaban a tener esperanzas. Llovían los héroes espontáneos que ofrecían su sangre, pedacitos de piel y hasta trocitos de uña, para reemplazar lo perdido por el diestro. Pasó otro día durante el cual el torero seguía sin inspiración y sin sed. La Muerte pensó en los grandes medios, incluso en llevarse sin ditas palabras...

...El torero habló:

—Quiero paella—dijo.

La Muerte fué hacia él con los brazos extendidos... Pero era tarde: los médicos lo habían blindado con su ciencia...

El del éxito fué Francisquet, el torero valenciano, pues repitió en Madrid sus tardes provincianas. Para aquellos públicos bondadosos y poco exigentes, el toro de aquel muchacho valenciano tenía un enorme valor; además, Francisquet colmaba su gozo haciendo durante la lidia todo lo que aquellas masas les gustaban. Tocaba los pitones del toro, colgaba de ellos los sombreros que le tiraban, daba muchos pases de rodillas y sentado en el estribo; a veces se volvía de espaldas al bocho y hablaba con el público. Otras veces se arrodillaba delante de la fiera, cuando ésta se iba hacia atrás, y la insultaba y la escupía. Cuando al entrar a matar sacudía un bajonazo, daba grandes muestras de indignación y se golpeaba la mano contra la barrera; cuando después repetía la escocida del mismo modo, se afilgia con ostentación. Nadie se atrevía, al ver aquellos, a reprocharle.

—Fasante disgusto tiene el pobre—decían.

Una tarde en que con un pañuelo había limpiado el hocico al toro, el público se echó al ruedo y lo cogió en hombros.

Saló así en triunfo, y fuera dijeron los que iban al lado de los que lo llevaban:

—¡Hay que llevarlo en hombros hasta su casa!

Entraron en la ciudad llenándola de sorpresa, destrozando la circulación haciendo un lío a los guardias, que no sabían cómo considerar el grupo, si como un carruaje o como unos peatones.

El torero vivía lejos, a otro lado de la ciudad, y a medida que continuaba el viaje, se iban quedando en el camino admiradores.

Después de atravesar el centro, al entrar en los arrabales poco concurridos, solo quedaban junto a los que llevaban al torero, tres o cuatro entusiastas, roncacos de dar vivas, y semimudos por lo tanto. Había veces que recorrían una calle en silencio; a los portadores les pesaba Francisquet.

Se fué estableciendo una corriente de amistad tranquila entre los admiradores y el torero, y nació una conversación sosegada entre ellos.

—¿Es cierto que ha comprado usted una finca en Ciudad Real?

—Sí—contestaba el torero—. Muchas viñas.

—¿Y qué tal se da la cosecha este año?

—Parece que va bien; mejor que el pasado.

—Pues yo tengo un amigo que también tiene viñas—decía uno.

Y se creaba una conversación sobre el asunto, que duraba un kilómetro. Cuando ésta decaía, siempre había alguien que diese un "Viva a los toreros artistas", que les recordase la situación.

—¡No les voy clavando los tirantes!—preguntaba a lo mejor el diestro.

Se detuvieron a tomar unas copas en un bar, y después siguieron su camino. Francisquet se había tenido que subir en una mesa para trepar a los hombros de los entusiastas, ya sin fuerzas para levantarlo del suelo. Al llegar a su casa, Francisquet les invitó a unas copas.

A los pocos días, en otro pueblo daba tres pases de rodillas con los ojos vendados, y el pueblo lo aclamaba y lo volvía a sacar en hombros. Esta vez, cuando le propusieron llevarle al hotel, él contestó:

—Aí, noel, no, por favor; si pudieran ustedes llevarme a la estación para ver si alcanzo al expreso...

Lo llevaron y alcanzó el tren. Desde entonces, Francisquet aprovechaba todas las ocasiones para trasladarse de un sitio a otro en hombros. Le gustaba el método por lo glorioso y porque así podía flogorizar en los entrecuellos y descubrir escenas íntimas.

Un día se hizo llevar al paseo de coches, donde dió unas vueltas siempre en hombros. Otra vez se atrevió a pedir a sus portadores que lo llevasen de dentadas. Al cabo de un año de triunfos, aquel torero no empleaba otro medio de locomoción. Siempre tenía tres o cuatro admiradores que lo llevaban por las calles.

Lo malo fué aquella tarde, que toró de rodillas. Francisquet vió en peligro su prestigio y trató de tercer como es debido, y el toro lo alcanzó, dándole una cornada mortal debajo del chaleco...

Lo cogieron en hombros y se dirigieron a la enfermería, aunque todos sabían que era inútil, pues ya había muerto, y así lo decían.

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto! ¡Ha sido un cornalón mortal!

Don a entrar en la enfermería cuando Francisquet, comprendiendo que ya estaba muerto y que era inútil, les dijo

a los que se llevaban:

—¿Pero no ven uscidos que estoy muerto? ¿Para qué me llevan ahí? ¡Llévenme al cementerio!

—Eso decíamos nosotros—contestaron los que le llevaban. Y enderezando su camino lo llevaron, atravesando la ciudad una vez más en alto, a la Necrópolis.

—¡Aquí!—dijo Francisquet al llegar a su tumba...

Aquel espectador a quien habían saludado gritándole tanto "Eh", era don Genaro Trillas.

Sentado en su tendido de sol, como en el banco de un jardín, don Genaro

Al poco tiempo, toda la casa estaba loca con él. Los vecinos le regaban postres y la portera le sacaba ror a mañana temprano a la calle.

A mí, especialmente, me tomó un cariño extraordinario. Sin embargo, conforme fué creciendo, le empezamos a notar ciertas aficiones no corrientes en la vida doméstica. Por ejemplo, le encantaba perseguir a los perros por la calle y luego comerse los.

Un día, y aquí comenzaron los disgustos familiares, estábamos sentados a la mesa; de repente vimos aparecer a "Lilito" que traía arrastrando a la cocinera; la pobre mujer ya no hablaba. "Lilito" se la llevó a un rincón de la

El día en que "Lilito" se casó a la pobre mamá fué un día de luto en casa. He de reconocer que me enfurecí quizá con exceso; castigué al león golpeándole con el paraguas; cosa que hasta entonces no había hecho. El pobre comprendió que había obrado mal y vino humildemente a lamermela la mano; hasta que le perdoné.

Como te digo—continuó don Genaro— todos en la casa se portaron perfectamente; de todos los pisos vinieron a darme el más sentido pésame.

Nuestro dolor fué grande. Aquella santa mujer, tan buena y tan cariñosa, nos causó con su marcha prematura un vacío irreparable.

Mi padre y yo, llevábamos una existencia de hombres solos; todo entregados a los recuerdos, nos pasábamos por las tardes con "Lilito", carne ya de nuestra carne.

Los primos, inexplicablemente, dejaron de venir a comer; no pudimos verlos en algún tiempo, y desmés, al saber que nos criticaban, no volvimos a saludarles.

Esta nueva pérdida no nos molestó, pues, estábamos acostumbrados a las separaciones bruscas.

Y ahora, figúrate que anteayer saltó de casa por la tarde, dejando a "Lilito" a cargo de mí padre, y cuál no sería mi asombro cuando al volver, solo hallé al animalito. Busqué, busqué, y poco pude encontrar una mano en un pasillo, lo que me hace sospechar algo grave; esperaré unos días antes de emprender las pesquisas.

Es horrible lo que me sucede de algún tiempo a esta parte; no puedo comprender cómo la desgracia puede oearse de tal modo en una familia tan buena, tan robusta y tan unida...

¿Qué te parece todo esto?

—Te compro el león en veint-e duros—le respondió el amigo.

—Aceptado—dijo don Genaro—. Mañana por la tarde te lo enviaré a casa.

Y en eso quedaron.

La corrida transcurría tan aburrida y tan sosa que realmente no se sabía si había ya terminado o no. Pero en el tendido aún daba un sol suave y limpio, y ellos se encontraban allí tan agradablemente que siguieron hablando.

—¿Qué fué de don Horacio Roldán?—preguntó de pronto don Genaro a su amigo el viejo aficionado.

Y el viejo aficionado encendió otro puro y se dispuso a contarle toda la historia de don Horacio Roldán. De vez en cuando le dirigía a un torero y le insultaba, pero sin grandes desesos de molestarle.

—A don Horacio Roldán le metieron en la cárcel por ser un tío ruinario, por medir la vida—empezó a decir el viejo aficionado.

Sabía por ejemplo, el tiempo que transcurría desde que abría los ojos hasta que se despertaba del todo; lo que tardaba en desayunar, en bañarse, en vestirse; calculaba escrupulosamente los minutos que necesitaba para morderse las uñas y para leer los periódicos.

Convencido de la importancia de los pequeños detalles en la vida, lo cuidaba y daba valor hasta al más insignificante. Conocía el número de minutos que duraba el amodorramiento de después de almorzar, y hasta hubiera previsto, con exactitud, el tiempo empleado en pensar lo que haría si le tocaba el gordo...

Aquel hombre por nada del mundo hubiese turbado el momento destinado a cada cosa. Un día, pasó una mujer a su lado; pensó en seguirle pero se contentó. Eran los diez minutos destinados al recuerdo de las glorias de Napoleón; sin embargo, aquella mujer llevaba su felicidad.

Horacio Roldán veía con asanto que a cada momento contraía obligaciones nuevas, que le comían el tiempo destinado para imprevistos.

Y Roldán, aún no hemos dicho todo, era escritor. Su profesión agravaba su vida hasta lo inconcebible: era inabundante el tiempo perdido en madurar una idea y en realizarla entre las cuartillas.

El horario del hombre metódico amenazaba trastornarse, toda vez que el horario le era imposible renunciar a sus costumbres.

Roldán acudía a todos los estrenos teatrales, a los fiestas de los amigos, iba a los toros y seguía a los verdistas de siete y media a ocho. Y por más esfuerzos que hacía, llegaba su hora de salir, se echaba a la calle sin tener la fuerza de voluntad suficiente para quedarse trabajando.

Su obra avanzaba con lentitud desesperante y Roldán buscaba unas horas suplementarias al día.

Al fin tuvo una idea... Y se marchó a la cárcel. Entró en el recinto por el

que no había hecho nada delictivo, pero le querían encerrar allí. El olvido le había hecho perder bastante tiempo y salió hacia la calle a todo correr, decidido a cometer un delito cualquiera. Los centinelas, al ver a un hombre salir de esa guisa, lo detuvieron y lo presentaron al director de la cárcel.

—¿A dónde iba usted tan desordenado?

—A la calle—contestó Roldán.

El intento estaba claro. Un hombre que sale corriendo de la cárcel, es porque estaba dentro. Roldán fué encerrado en un calabozo.

Vestido con su pijama reclamatorio de rayas azules, Horacio Roldán escribía sin tregua, dando a olvido el método anterior. Su obra progresa rápidamente y pronto será extensa; el escritor sentíase satisfecho. Sin embargo, pasados varios meses, Horacio sintió la necesidad de salir a la calle; pidió permiso y se lo negaron, lo cual le ofendió vivamente y le hizo escribir una misiva, en términos violentos, al director.

Esto hizo que se adelantase su proceso.

Horacio, ante el Tribunal, no supo qué argumentar en su defensa y no pudo negar su intento de evasión. Sin embargo, los jueces estaban perplejos ante lo obscuro del caso. ¿Cuál era el delito? Nadie lo sabía y sin embargo aquel hombre estaba en la cárcel hacia varios meses y aún había intentado la fuga.

El fiscal, exponía el caso con claridad. —¿Cuál no sería la importancia del delito cuando ni el mismo procesado quiere hablar de él? Si fuera un crimen corriente, el inculcado pretendería demostrar que había obrado en legítima defensa, por imprudencia; sacaría a relucir eximentes o atenuantes, embriaguiz, sonambulismo, cualquier cosa; sin embargo no se atreve a decir nada de ello. ¿Cómo sería el delito?

—Su actitud demuestra bien a las claras que fué el autor; no ha intentado culpar a nadie más; pero esto no puede agradecérsele; se trata, sin duda, de un rasgo de soberbia; asume toda la responsabilidad para el lucimiento personal.

—Señores jueces: nunca como en este caso se ha impuesto tanto la pena de muerte, aunque solo fuera por ejemplaridad, pues ya es sabido que después de una ejecución, pasan largos años sin que se cometa un delito; nada tan justo y tan humano como esa pena, encadena de ciudadanía, a la par que castigo de criminales.

Horacio, conmovido por la elocuencia, asintió.

Roldán había entrado en capilla y el indulto pedido por el defensor no llegaba, a pesar de que todos atalayaban el horizonte de la calle, como la esposa de Barba Azul.

Alguien pidió al condenado su último pensamiento.

—¿Quiere usted comer huevos con tomate, merluza y un biftec?

—Bueno—contestó Roldán.

—¿Y de postre una naranja?

—No. No me gustan—respondió Horacio.

—Pues es la costumbre—le dijeron— todos toman naranja.

—Es que me sienta mal—insistió el escritor—. Me trago las pepitas siempre.

—Pues eso había que pensarlo antes de cometer el delito; aquí todos toman naranja—le contestaron.

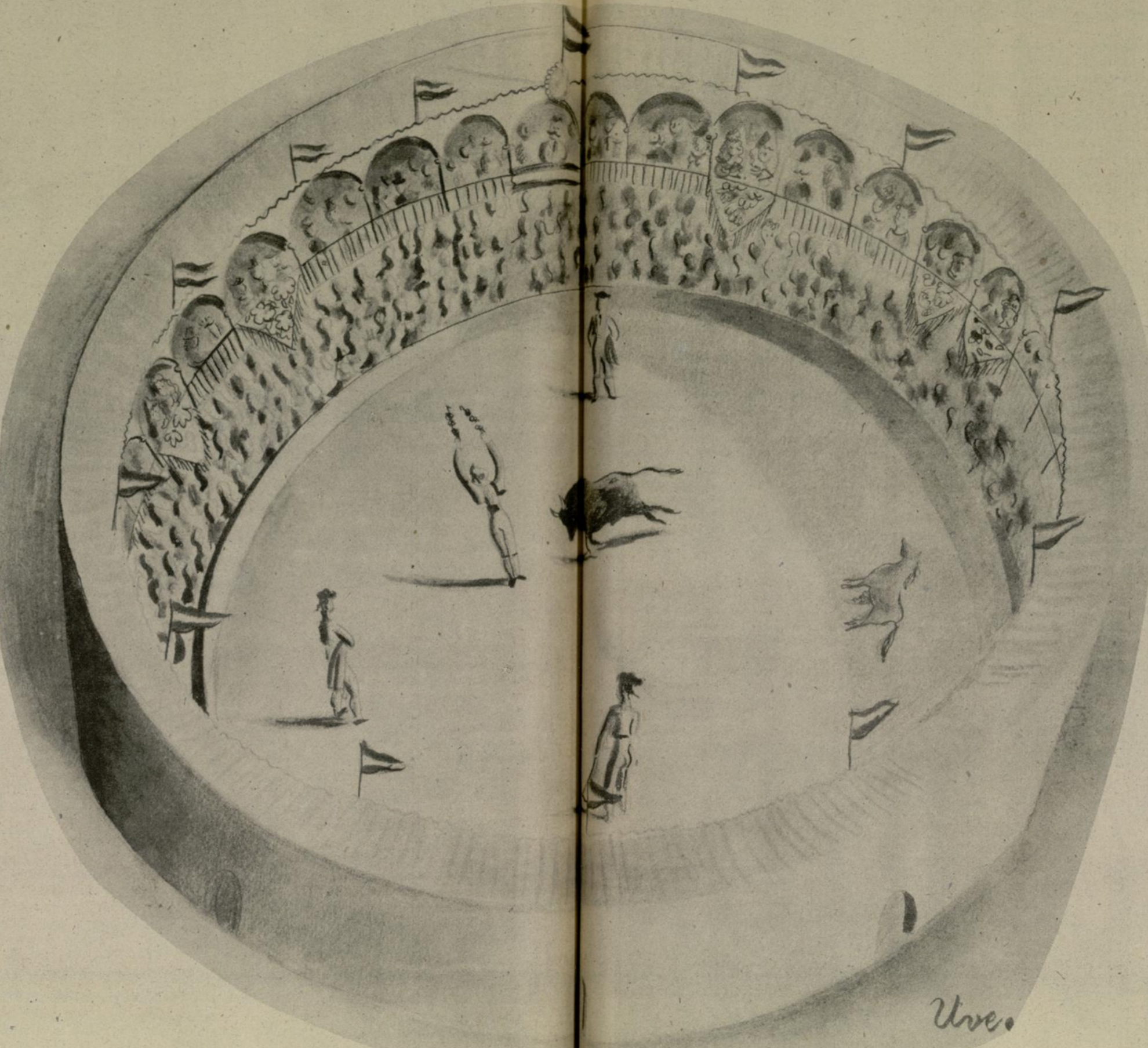
Le trajeron la naranja.

Los amigos comenzaron a fortalecerle con sus palabras; estaban ralmente afligidísimos.

—Piensa que hay otra vida. Arreplánete de tus culpas y ten confianza en el más allá.

Horacio no sentía la menor inquietud; estaba solo apenado de ver aquellos excelentes hombres, en ese estado de desolación; decidió consolarlos.

—Por favor, no afligíos. ¡Si a lo mejor viene el indulto! ¿Quién sabe lo que puede suceder aún!...



charlaba con un amigo que, como yo, aficionado, solo veía la cabeza al lado del toro para gritar: "¡Ochardé, arrimad más!". Entre una y otra frase escuchaba la historia que le contaba don Genaro.

—Tú recuerdas a toda mi familia empezando a decirte "¿señor Trillas?"... Lo malo fué aquella tarde, que toró de rodillas. Francisquet vió en peligro su prestigio y trató de tercer como es debido, y el toro lo alcanzó, dándole una cornada mortal debajo del chaleco...

Lo cogieron en hombros y se dirigieron a la enfermería, aunque todos sabían que era inútil, pues ya había muerto, y así lo decían.

—¡Ha muerto! ¡Ha muerto! ¡Ha sido un cornalón mortal!

Después de esto, hubo un largo período de paz; hicimos comprender a mi padre que con la edad avanzada de la abuelita, las probabilidades que existían para que hubiese vivido mucho eran pocas, y esto se fué aminorando su

estancia y se la conió. Nosotros nos disgustamos con él bastante; pero como aquella mujer guisaba tan mal, pronto olvidamos el hecho.

Sin embargo, al poco tiempo otro incidente vino a turbar nuestra tranquilidad. "Lilito" devoró una noche a la abuelita. Mi padre se afectó mucho y los demás también. A "Lilito" le sentó malísimo y hubo que purgarle.

Después de esto, hubo un largo período de paz; hicimos comprender a mi padre que con la edad avanzada de la abuelita, las probabilidades que existían para que hubiese vivido mucho eran pocas, y esto se fué aminorando su

Mi padre y yo comenzamos a preocuparnos seriamente de la suerte de mi hermanita. Sabido es que las niñas nunca están bien entre hombres; eso es para mayorcitas, pero de pequeñas no hay como una mano femenina que las guíe.

Mi pobre hermanita, sin madre ni abuelita, quedaba sola entre tres hombres, que por mucho cariño que la tuvieran no podrían suplir la falta de la madre, y peligrosaba su educación.

¡Pobre niña! El león nos solucionó el conflicto...

Durante algún tiempo un vecino nos envió a sus niños, terriblemente atormentados, a jugar a casa; nunca supe por qué.

Pero los amigos estaban inconsolables.
—En estos momentos supremos—decían lugubrenmente—es cuando el hombre debe demostrar que es un ser superior; el espíritu debe anteponerse a la animalidad, y despreciando esta vida miserable, debe afrontar su caso con valor.
—Eso, eso mismo—decía Horacio—. No vale la pena vivir; todo está muy mal y muy caro. ¿Qué dirá usted que me ha costado esta corbata?—le preguntó a un señor que había ido allí a consolarle.

La charla se fué haciendo cada vez más lenta; los amigos estaban de más en más lacrimosos, a pesar de los esfuerzos de Roldán.

Llegó un momento en que confiando el fuego de la conversación en el vecino, se quedaron adormilados.

Entonces Roldán se levantó, siempre con las manos esposadas sobre el estómago, abrió la puerta de la estancia dirigiéndose al guardián del oscuro pasillo. Se acercó al hombre y le dijo al oído con voz apagada:

—¿Quiere agua?

—¡Pobre!—suspiró el guardián.

Horacio siguió todo lo largo del pasillo; al fin había otro empleado; se le acercó con un gesto de torero herido.

—¡Ha dicho que va a confesar!—le aseguró con tristeza.

—Bien se vendrá—susurró el empleado con su voz más opaca. Roldán continuó hasta la puerta; allí se dirigió al centinela.

—¡Ha dicho que quiere ver a su madre!—le dijo entre la bayoneta y la garita.

Horacio salió a la calle sin precipitación: era bueno el respirar aire libre; así llegó al centro de la ciudad.

♦♦♦

Cuando el viejo aficionado terminó su relato, la corrida había terminado. Unas mulillas llenas de boliches por encima se llevaban, jadeando, el último toro de la tarde...

CAPÍTULO II

El aficionado después de los toros volvió a su casa, y se sentó a comer con su familia. No dijo nada de la corrida; en realidad no la había visto y por otra parte a la familia no le interesaba nada de lo que le ocurría a él.

Después de comer quedó la familia reunida en el comedor en desorden.

La mesa, llena de servilletas y migas

de pan, Oligaba al círculo familiar a que todos supiesen dónde no podían volver la espalda, y a guardar en el centro la charla, hacia que ésta fuese incesante e interminable; la conversación no hallaba en aquel círculo un hueco por el cual salir, y cuando asomaba hacia fuera, el más cercano la volvía a lanzar en medio.

Aquella noche el tema había salido de una carta: la del hijo lejano.

—¡Pobre Enrique! ¡Cuándo le veremos!—dijo alguien.

—¿Qué mala suerte tuvo; ese hijo mío perdió su tranquilidad por mala suerte.

—Sí—decía otra voz—. Porque si al sustraer aquella cantidad del Banco, nadie se da cuenta, estaría ahora con nosotros, contento y satisfecho.

—Mala suerte, mala suerte.

—Pero, señor—sentenciaba la abuela—¿qué de particular tiene que un muchacho a su edad gaste dinero?

—Y además—decía el hermano menor—que el sustraer dinero de un Banco tiene poca importancia; nadie queda en la miseria.

—Claro está, natural—afirmaron el padre, la madre, la abuela, el abuelo, los hermanos y los primos.

—Entonces ¿por qué lo persiguen?

—Favoritismo!—dijo alguien.

—¡Tuvo gracia la manera de fugarse, cuando mató al guardián!

—¡Ja, ja, ja!—La abuela tuvo una risa como una traca.

—Ya lo creo que tuvo gracia. ¡Que buenos puños tiene!

—Los míos a su edad—dijo el abuelo entre dos accesos de risa.

La abuela seguía:

—Cuando me lo contaron no podía estar en la silla de tanto como me reí. ¡Qué ocurrencia la de este Enrique!

¡Mira que matar al guardián!

La familia entera soltó el trapo y

acompañó sus cacudidas, como si fueran todos en tarta.

—¡Pero qué gracioso!—se oía de vez en cuando.

Hubo un silencio; después:

—Pues no dejéis aparte lo de la cría de Buenos Aires.

—También, también fué gracioso.

—Es mi vivo retrato—dijo el abuelo.

—Eso de abandonarla con tres niños es delicioso.

—Gracia fina—dijo la abuela.

Los padres sonrieron halagados.

La conversación quedó un momento descansando y jadeaba como un conejo arrinconado que se va a coger; un momento apareció que iba a disolver y que iba a surgir otra más nueva que la reemplazase; pero en silencio la mantenía como entre algodones.

La conversación, inquieta por su inmovilidad, surgió de nuevo.

—Las últimas noticias eran agradables; una estufa al Banco Ultramarino ha salido perfectamente...

—¡Mala suerte este hijo mío!

—Yo creo que si sigue sin poder venir, hará que yo embarque para ir a verlo—aseguró la abuela.

—Y yo, y yo, y yo...—fueron diciendo todos.

La conversación estaba muy excitada; bullía y se agitaba nerviosamente, como un timbre.

Por un efecto de asociación de ideas sufrió un desvío.

—¿Es ahora invierno donde está él?

La conversación entró en ese terreno, virgen esa noche, y lo recorrió por completo.

—¡Qué cosa curiosa! ¡Un viajero podría pasar toda su vida en verano!—dijo alguien.

La conversación siguió un momento; y luego, agotado el tema, volvió a jactar en un rincón; se dispersó la

asociación y volvió a prevalecer el tema central.

—¡Pobre hijo mío! Si los hombres no fueran tan rencorosos, podría volver.

—Unos delitos tan olvidados, sin ninguna actualidad, que a nadie le interesan ya; ¿qué empeño puede haber en seguir persiguiendo al autor?

—¡Claro está!—dijo el abuelo.

—¿No compadecen tanto a las víctimas? ¿Pues quién más víctima que este pobre muchacho acosado por la policía y condenado a estar separado de su familia?

—¡Con lo que le queremos todos!

La conversación se detuvo un minuto para permitir ser frustrada con un suspiro colectivo. Luego tuvo otro intento de huida, pero la recogió el padre en el momento de salir del corro y la volvió a colocar en el centro.

—El día en que le vea, será el más feliz de mi vida.

Y la conversación trepidó en afirmaciones; mas de repente recibió un golpe en la cabeza, que la hizo caer desvanecida: se había abierto la puerta.

—¿Pero es posible? ¿Tú?

Y el hijo entró en la estancia entre abrazos.

—Yo soy; he vuelto milagrosamente, escondiéndome.

Todos le abrazaron.

—¡Qué frío entra!—se quejó la abuela.

—Es verdad—Y señalando al recién venido—Eres tú, que te has dejado la puerta abierta.

—Siempre tan desordenado—comentó el padre.

Y la abuela añadió:

—Y es una falta de consideración. Cuando hay una persona de edad en las casas, se tiene cuidado de no producir corrientes de aire ni nada que pueda perjudicarles en la salud.

—Bastante que les importa a estos aventureros la salud de los viejos—aseguró, gruñendo, el abuelo, que había tenido un golpe de tos.

—¡Se fija uno!—dijo alguien más.

Y hubo sordas protestas entre todos.

♦♦♦

Mientras tanto, el viejo aficionado pensaba que al día siguiente, iría otra vez en un coche camino de la plaza,

con un bolsillo lleno de puros y un insulto nuevo para el torero que iba a debatir aquel día.

—¡Pedante!—le pensaba llamar en cuanto el torerito saliese al ruedo.

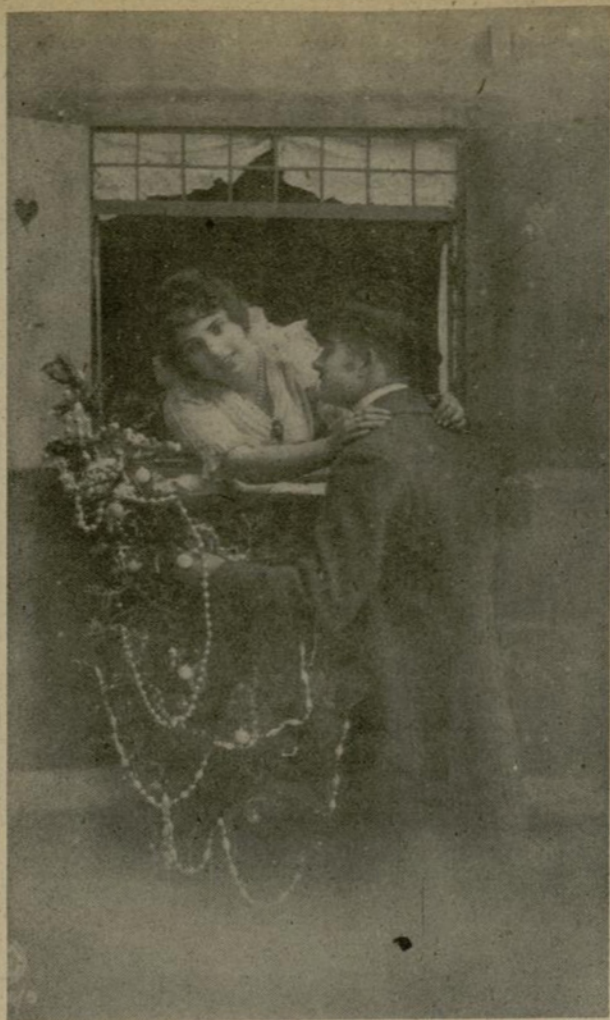
Y todo esto le hacía entornar los párpados con un gesto de felicidad...

FIN



DIALOGOS ESTUPIDOS

(Por TONO)



—Mira lo que te traigo.
—¡Uy! ¿Qué es eso tan asqueroso?
—No sé. Lo acabo de coger en la basura.
—¿Y para qué podría servir?
—Póntelo en la cabeza. A lo mejor te sienta bien.
—No, no. Tiralo que a lo mejor está malo...



—¡Qué guapo eres así de espaldas!



— Amada mía. Mientras yo te beso, tú mira al banco no me vayan a quitar el sombrero.



—Ya llevo aquí en este paso a nivel toda la tarde para que me vean los viajeros de primera, pero como el tren viene con tanto retraso voy a acabar cogiendo una insolación. Y menos mal que este campo es de mentira, porque sino ya hubieran venido las vacas a verme...



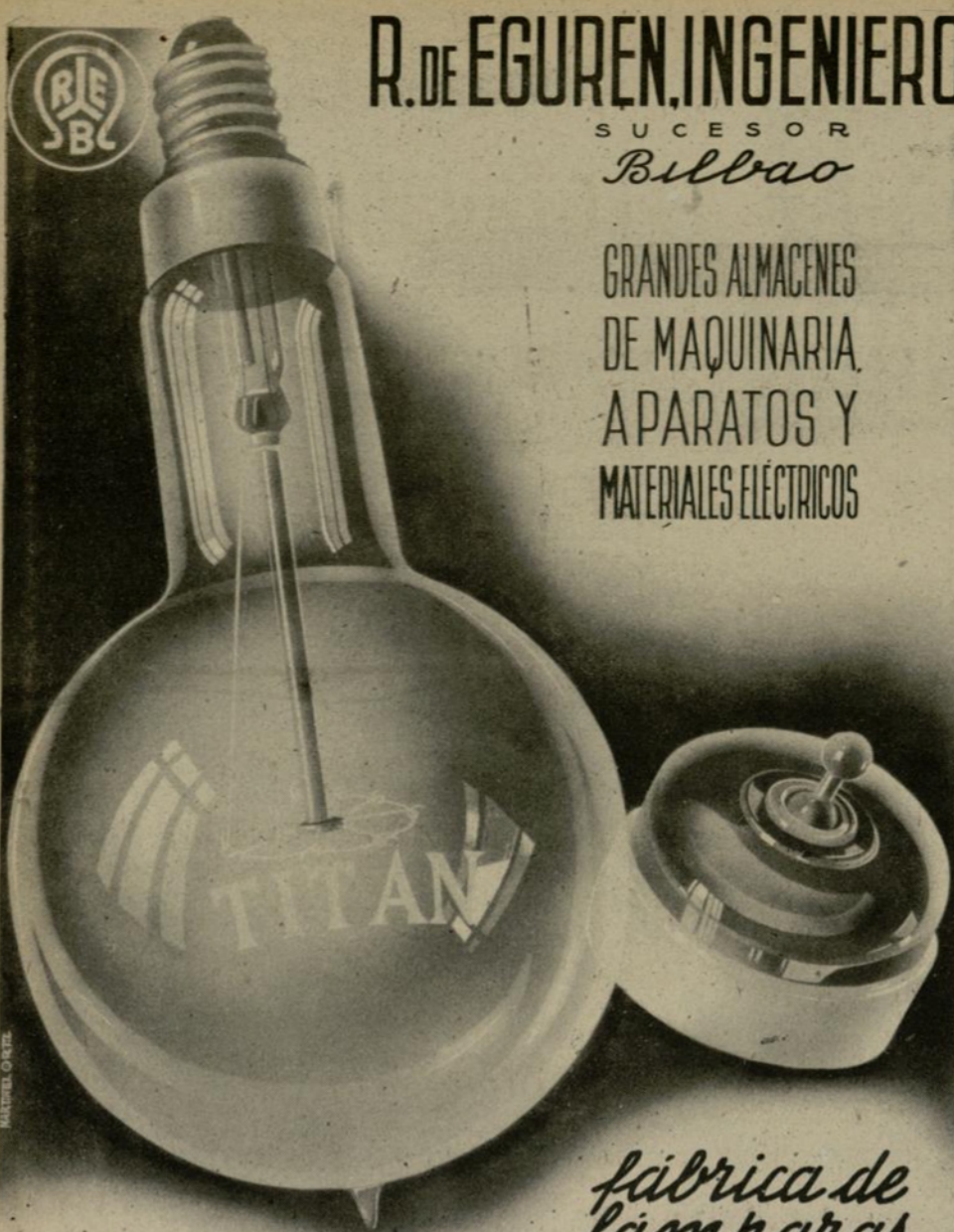
—¡Qué dulce es usted, señorita!



R. DE EGUREN, INGENIERO

SUCESOR
Bilbao

GRANDES ALMACENES
DE MAQUINARIA,
APARATOS Y
MATERIALES ELÉCTRICOS



*fabrica de
lámparas*

TITAN

MIGUEL M. GOMEZ

CRiADORES Y EXPORTADORES

DE VINO DE

JEREZ

CADIZ

ALAMEDA, 21



DON VENERANDO Y LOS HUEVOS

Don Venerando puso tres huevos sobre una silla y luego esperó tranquilamente. El amigo de Don Venerando saludó a Don Venerando y luego se sentó en la silla.

—¡Maldita sea!—gritó el amigo de Don Venerando—¿Se puede saber quién ha puesto tres huevos encima de la silla?

—Claro que se puede—dijo Don Venerando—. Los he puesto yo. No tengo ningún interés en guardar el secreto.

—¿Has sido tú?—balbuceó desorientado el amigo de Don Venerando—¿Has sido tú?

—Sí—dijo Don Venerando—pero no comprendo por qué te maravillas. ¿Es que no eran frescos?

—¿Frescos?—preguntó extrañado el amigo de Don Venerando.

—Cierto que eran frescos.

—¿Pero qué es lo que eran frescos?

—Los huevos—dijo Don Venerando—. No veo por qué te quejas. Si fuesen huevos podridos, lo comprendería, pero son huevos de hoy mismo.

—De hoy mismo o de hace un mes—gritó el amigo de Don Venerando—me gustaría saber por qué lo has hecho. Fíjate cómo me has puesto los pantalones.

—¿Y qué tengo que ver yo con eso?—dijo Don Venerando encogiéndose de hombros—. No he sido yo quien ha hecho los huevos. Han sido las gallinas.

—¡Las gallinas!—exclamó el amigo de Don Venerando que se estaba armando el verdadero taco—. ¿Qué gallinas?

—Las que hayan puesto los huevos—dijo Don Venerando—. Debías incomodarte con ellas si es que ponen huevos que manchan los pantalones. No veo por qué te has de incomodar conmigo.

—¡Pero si has sido tú quien los ha colocado en la silla!

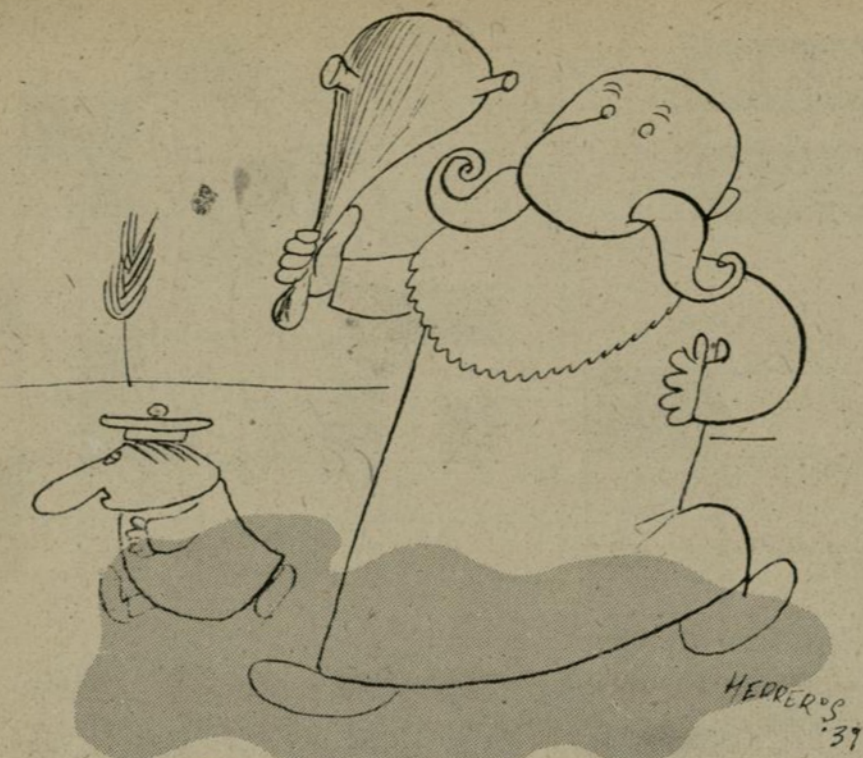
—¿Y qué?—dijo Don Venerando mirándole con desprecio—. Han sido los huevos los que se han roto y no yo. Si yo me hubiera roto y te hubiera manchado los pantalones, tendrías razón, pero desde el momento que los que se han roto han sido los huevos y no yo, no veo por qué la has de tomar conmigo.

—¿Pero cómo te ibas a romper tú...?

—Oye—dijo Don Venerando mirándole severamente—. ¿Sabes que me estás pareciendo un poco duro de mollera? Te sientas en una silla, rompes los huevos, te manchas los pantalones y te irritas conmigo. ¿Quieres que hablé con las gallinas y les diga que pongan huevos que no manchen? ¡Vamos, tú eres tonto!

Don Venerando se encogió de hombros y se marchó pensando que no sabía cómo podía tener amigos tan mulos.





DON TRINITARIO Y LOS SELLOS



El chico de Don Trinitario estaba ordenando tranquilamente su colección de sellos. Don Trinitario entró despacio en la alcoba, se acercó al chico y le soltó un coscorrón tremendo.

—¡Estudia, bestia!—le gritó—. ¡Estudia el latín y la numismática si quieres llegar a ser algo en el comercio! ¿Qué estupideces estás haciendo para no aprender de memoria la lista completa de los reyes godos?

—¡Papá!—dijo el chico refugiándose detrás de la mesa—. Estoy poniendo en orden la colección de sellos. Son unos sellos preciosos y algún día...

—¿Que son preciosos?—gritó Don Trinitario rojo de ira—. ¿Preciosos unos sellos? Preciosos los contadores mercantiles que saben llevar la partida doble y entienden de almacenazos y que no ponen en orden los sellos de Correos sino las facturazas, los recibos con números decimales y raíces cuadradas y hasta cúbicas de todos los reyes godos, y saben llevar el libro Mayor que da gloria verlo de grande que es y con todos los numerazos que tiene. ¡Ves los ochos y nueves haciendo millonazos y más millonazos. El Padre de Don Venerando que era un hombre que tenía un talento que no le cabía en la cabeza, cogía los sellos, los pegaba en los sobres y luego mandaba las cartas a los contadores mercantiles y a los jefes de las oficinas que para eso es para lo que sirven los sellos y si le hubieran dicho que los pusiera en orden se hubiese reído.

—Pero éstos son sellos usados—dijo el chico.

—¡Sellos usados!—rugió Don Trinitario corriendo a patadas a su chico—. ¿Sellos que no valen?... ¡Bestia! Los sellos usados no se pueden poner en las cartas. Eso es defraudar al Estado y te meterán en la cárcel... ¡Basílisa!

—¿Qué pasa?—preguntó Doña Basílisa presentándose armada del reloj de pared y dispuesta a tirárselo al chico a la cabeza—. ¿Qué nuevas estupideces ha inventado este monstruo del Danubio para no aprenderse de memoria la lista de los reyes godos?

—Ahora pone sellos usados en las cartas—dijo Don Trinitario ciego de coraje.

—Parece mentira que un chico tan alto y tan gordo haga esas estupideces en vez de estudiar la numismática—chilló Doña Basílisa tirándole el reloj a la cabeza—. Dale cuatro morradas...

Don Trinitario y Doña Basílisa se lanzaron sobre el chico, le dieron abundantes coscorrónes y le encerraron en la despensa con el libro de latín. Luego se pusieron los sombreros y fueron a visitar al Director de LA ARMIRALLADO-RA y a felicitarle por lo bien que se sabe la lista completa de los reyes godos.



COMPañIA SEVILLANA DE ELECTRICIDAD

CAPITAL SOCIAL: 80.000.000 DE PESETAS



Suministro de flúido para alumbrado, usos industriales y domésticos en Sevilla y 205 poblaciones de las provincias de Sevilla, Cádiz, Huelva, Málaga y Badajoz.

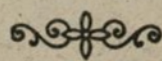


DIRECCION DE LA COMPAÑIA: TIENDA Y EXPOSICION:
San Pablo, 30 Federico de Castro, 22
SEVILLA

1.271

CATALANA DE GAS Y ELECTRICIDAD

SOCIEDAD ANÓNIMA



GAS ALQUITRÁN COK

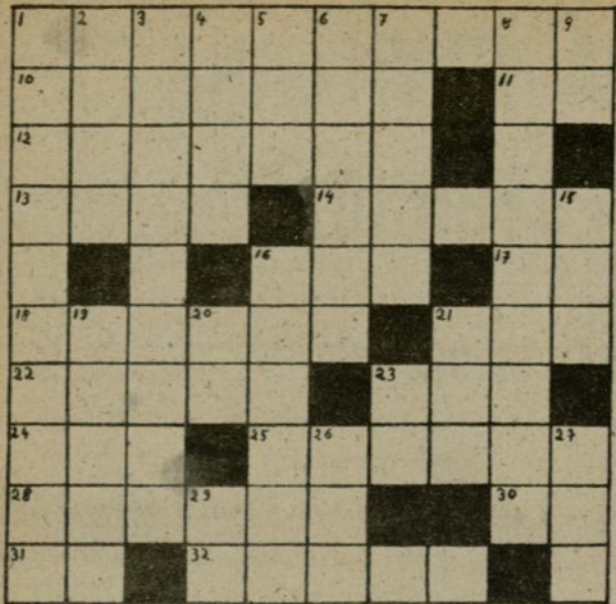
APLICACIONES DEL GAS:

SERVICIOS DOMÉSTICOS: COCINA, LAVADO, PLANCHADO, AGUA CALIENTE, ESTUFAS Y REFRIGERACIÓN. CALEFACCIONES CENTRALES E INDIVIDUALES. GRANDES COCINAS PARA HOTELES Y RESTAURANTS. HORNOS ESPECIALES PARA PASTELERÍAS, ETC. APLICACIONES INDUSTRIALES EN LA GRANDE Y PEQUEÑA INDUSTRIA.

GAS, COMBUSTIBLE IDEAL,
PRÁCTICO Y ECONÓMICO

OFICINAS Y EXPOSICIÓN DE APARATOS: RIVERO, 6 Y 8

SEVILLA

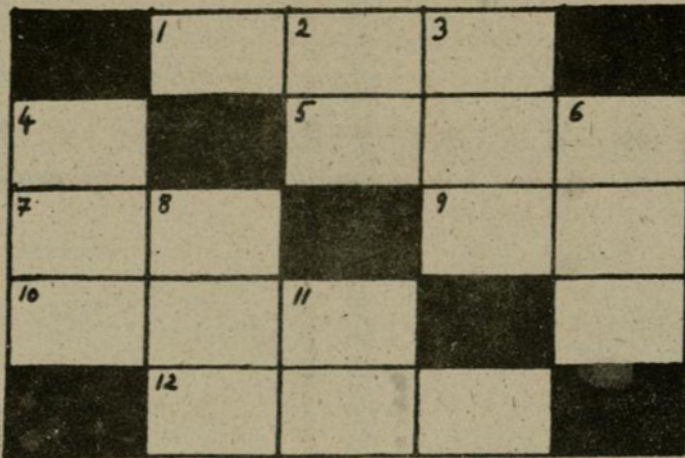


HORIZONTALES: 1, Arboz (plural).—10, Idea que trae origen de otra idea.—11, Nota musical.—12, Diosa de la venganza.—13, Número.—14, Pueblo de la provincia de Huesca.—16, Al revés, del verbo liar.—17, Acusativo de pronombre.—18, Insecto que no vive más que veinticuatro horas.—21, Del verbo leer.—22, Catáctico que vive en el Norte del Atlántico (plural).—23, Del verbo dar.—24, Demandado en juicio.—25, Una de las divisiones de América del Norte.—28, Del verbo enseñar.—30, Al revés, afirma.—31, Pronombre en forma reflexiva.—32, Verbo en infinitivo.

VERTICALES: 1, El que estimula (plural).—2, Al revés, del verbo remar.—3, Soldado del antiguo Egipto (plural).—4, Al revés, río europeo.—5, Igualdad de las cosas en su superficie.—6, Poema corto.—7, Relativo a un órgano del cuerpo humano.—8, Monte de la provincia de Guipúzcoa que se hizo célebre durante las guerras carlistas.—9, Pronombre.—15, Del verbo ser.—16, Estandarte.—19, Nombre de mujer.—20, Dios supremo de la mitología egipcia.—21, Del verbo leer.—23, Al revés, iniciales de un dibujante de LA AMETRALLADORA.—26, Pueblo de la provincia de Lérida.—27, Mamífero.—29, Del verbo ser.

PALABRAS

CRUZADAS

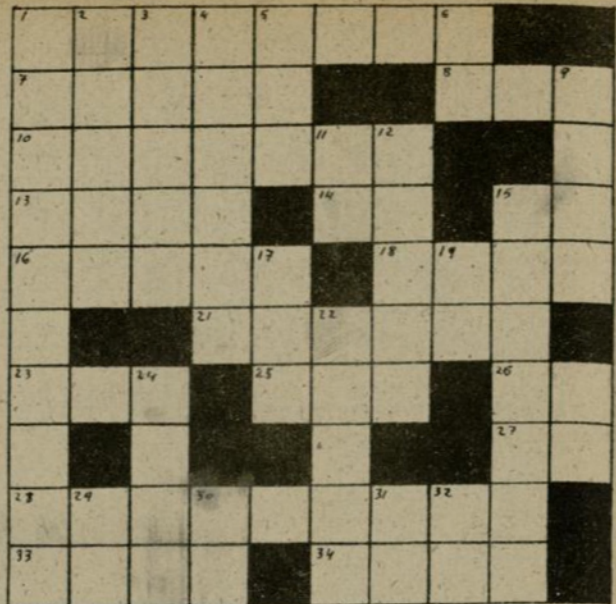


POR SILABAS

HORIZONTALES: 1, Rótulo en los legajos de papeles.—5, Del verbo robar.—7, En música, signo que indica las notas que han de tocarse al aire.—9, Anotación, cita.—10, Cabello (plural).—12, Insecto himenóptero.

VERTICALES: 2, Conjunción.—3, Planta.—4, Vaso de cristal.—6, Renta que se destina a alguna fundación.—8, Papa sucesor de Esteban VI.—11, Molusco gasterópodo.

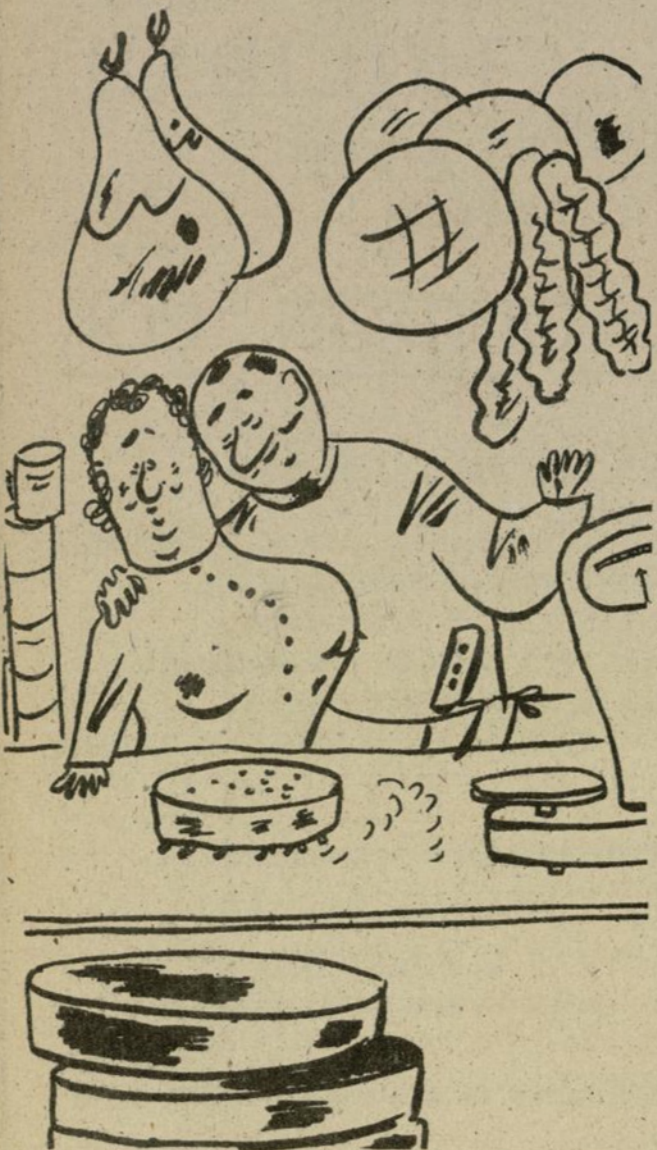
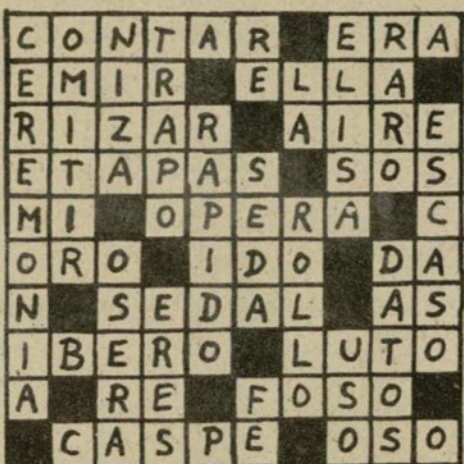
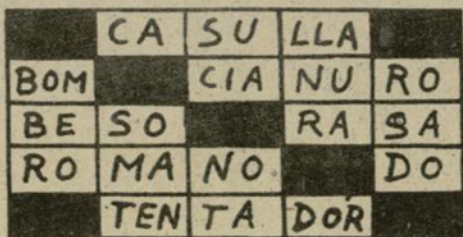
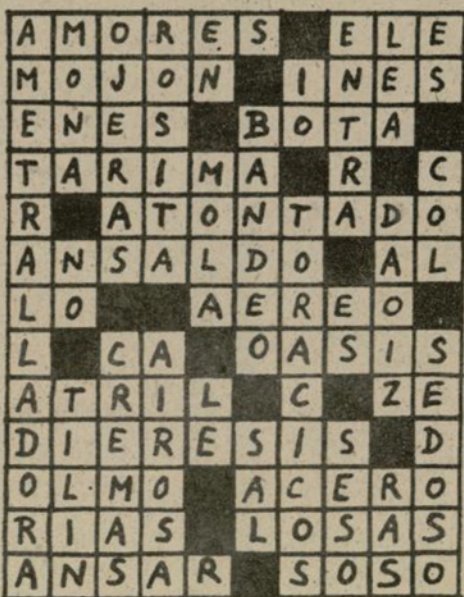
(Las soluciones en el número próximo)



HORIZONTALES: 1, Nombre de varón.—7, Apreciada.—8, Del verbo ser.—10, Derramarse un líquido.—13, Composición musical con un número determinado de voces.—14, Prefijo.—15, Nota musical.—16, Operación aritmética.—18, Pariente (plural).—21, Egoísta (plural).—23, Prefijo.—25, Del verbo ser.—26, Letra consonante.—27, Verbo en infinitivo.—28, Levantan en alto.—33, Retazo que se quita de alguna tela.—34, Piedra llana.

VERTICALES: 1, Perteneciente al Ejército (plural).—2, Del verbo amar.—3, Del verbo salir.—4, Persona necia.—5, Conjunto de aguas.—6, Pronombre personal.—9, Planta de semilla aromática.—11, Afirma.—12, Del verbo entrar.—15, Hembra de una variedad del perro común.—17, Animal vertebrado de sangre caliente.—19, Montaña de China, célebre por las piedras preciosas que encierra.—22, Vegetal.—24, Hembra de un mamífero (plural).—29, Conjunción.—30, Al revés, terminación de una de las tres conjugaciones.—31, Acusativo de pronombre.—32, En la baraja.

Soluciones a nuestros problemas del número anterior.



—Mira, Carlos: el queso empieza a dar sus primeros pasos...



—El doctor me ha dicho que tengo estropeada la circulación de la sangre. ¿No podría usted hacer algo?...

—Es que me...
—Lo camión...

MAYO



Pan	- 0,20
Cerveza	- 1,20
Leche	0,50
Café	0,60
Total	1,90

Jardin Botánico



SOLICITAN MADRINAS

"El aviador de porcelana".
 "El hijo del capitán Gulliver".
 "Currillo Meloja, el hijo de los pa-
 lates".
 "Mhatabud el rey de la pista".
 "Ataulfo, rey de la Polinesia".
 "Lo mejorcito de casa".
 "El espectro de Almanzor".
 "Fran-Chon, el hombre tanque".
 "Er niño der chaleco".
 "La alegría del grupo".
 "Barba azul el inocente".
 "Don Venerardito, el niño precoz".
 "El joven abuelo".
 "Alfredo Inocente Justo".
 "Luis Caradura de Veras".
 "José Gresca Ciclón".
 "Tranio".
 "El Lucero".
 "El Milligan".
 "El torta".
 "El sátiro".
 "Soldado efectivo".
 "Bigotes el cojo".
 "El gato Félix".
 "Centinela alerta".
 "Carlos Gardel".
 "Irusta".
 "Fugazot".
 "Demare".
 "Hijo de Guzmán el Bueno".
 "Matasanos".
 "Chiquitín".
 "Riscal".
 "Dinamitero".
 "El terrible".
 "El chimbo".
 "El hombre dominado por la pólvora".
 "El mago de la vibora volante".
 "El caballero solitario".
 "El último de los Vargas" (Brigada).
 "El caballero del aire".
 "Anacleto no se casa".
 "Yo me pierdo por las rubias".
 "Quiéreme torta, que ya soy cabo!"

DESEAN CORRESPONDENCIA

"La hija de Asuero", Paicarrita Vidal, Maribel Herrares, "La ratonera Valladares", Fortunata Gómez, "Celia Gámez", "Rosalía de Castro", "Carmela de Castro Retén", D. B. R., "Imperio Argentina", "Clementina pide clemencia", E. G. R., "Muscrita de la Tena", M. A., Isolina Fernández, A. B. R., Marilí Fernández, G. F. S., "La cajma", C. F. M., "La señorita de la bajía", M. F. S., "Fifi de la Salta", C. P., "Teresa la mujer de Sancho", E. V., Elenita Castro, M. R., Maruxa de Rejaixo, que viven en Porto Vega, Ribadeo (Lugo) desean que les escriban "El soldado terrible revoltoso", "El niño de la manzanilla", "El niño de la tormenta", "El oficial hombre de la mirada gris", "Bobito", "El hombre que se ríe del amor", "Pipo", "Trigémio", Capitán Gonzalo Vergara-Sáinz Terrero, Quiqui Sorrosol, Tarzán de las ratas" y "Un aviador sin fortuna".

Las señoritas Dorina Moro y Natacha Ramboba, que viven en Sigüela, 26, Palma del Río (Córdoba) desean que les escriban "Rodolfo Valentino" y "El novio de la muerte".

Las señoritas "Desilusión Glen", "Minutaria coqueta", "Libertad Mangarrota" y "Cecilia la Misteriosa", que viven en Consejo de Caso Tanes (Asturias) desean que les escriban los soldados siguientes: Juan Cruz Barca "Chiquilín", José Vicente Alonso "Oro fino", Lorenzo Gago Fernández y Cabo Eugenio Quiroga.

HABLEMOS UN POCO POR TELÉFONO



—... ¿Allo?... ¿A'lo?... ¿es la tienda?... Si, aquí don Antonio... que me envíen dos kilos de café... ¿Cómo?... Si, de café... ¿Cómo dice? ¡Ah! ¿Que quiere hablar ahora don Carlos?... Bueno... Hasta luego... Si, si...



—... Si... Aquí la tienda... ¿Qué tal, don Antonio?... ¿Dos kilos de café?... Bueno... Bueno, cuelgue... Si... quiere hablar don Carlos... Adiós... Adiós.

Ayuntamiento de Madrid



SOLICITAN MADRINAS

Francisco Velasco Alarcón.
 "Maqueto".
 "Oricular".
 "Miero".
 "Borna".
 "Timbre".
 "Mim"

"Zu".
 "Pul".
 "Conexión".
 "Fund".
 "Clavija".
 "Empalme".
 "Pila".
 "Cruce".
 "Heliógrafo".
 "Pulman".
 "Trinoda".
 "Calle".
 "Ventanas el requeté".
 "El fantasma".
 "El brujo".
 "El atracador de bigotes".
 "El guapo".
 "El chato de Irún".
 "El chato de Ponferrada".
 "El galleguito de los 95 kilos".
 "El sevillano".
 "Chinenea".
 "El miliciano Remigio".
 "Don Ramón Frega Platos".
 "Paco Pérez 'Peluquero'".
 "Fable Pastor Ponferrada".
 "Pascual Pantaleón y Pico".
 "Paulino Pedraza Pelmazo".
 "P P P P P Niuramás".
 "Chil Loro Nacariro".
 "Marcelino Carrillo Cachazo".
 "Félix Gómez Gómez".
 "Sebastián Tejada Murillo".
 "Juan José Romo".
 "J. Antonio de Mato Porrazo".
 "El carota".
 "El trueno".
 "Si me quiere: dímelo".

DESEAN CORRESPONDENCIA

"María Luisa", que vive en Sección Femenina, Avenida de España, San Sebastián, desea que le escriba el oficial de la Legión Alfredo Rodríguez Álvarez.

Las señoritas Cristina Gómez, Charito Gómez y Marisol López, que viven en Alameda de Urquijo, 24, principal derecha (Bilbao) desean que les escriban "Aló, Aló, Aló", Manuel Cavado y "Dante".

Las señoritas María del Carmen Fernández de Córdoba, Mercedes Jiménez, Charito Caro Jiménez, Chita Caro Jiménez, María Remedios de la Estrella, María de la Cruz Franco, "Barquilla sin navío", "Hurí andaluza", "Morena castiza" y "Rosario la cortijera", que viven en la calle Horno de Haza, número 3, segundo (Granada), desean que les escriban "Por Dios que sea morena", "Yo la prefiero nublada", "Me acuesto a las ocho", "Quiero una madrina", "El soldadito del amor", "El novelista", "Célebre andaluz", "El misterioso X" y "Cazatanques que no se ríe del amor".

"Salomé", que vive en Hospital Militar Torres, Bruei, 2, Zaragoza, desea correspondencia con Franz Schubert.

Las señoritas Laura y Mari Luz Quirós Martínez, Alicia María Encarnación Jiménez Caballero, que viven en la calle Manuel del Paso, número 1, tercero, Granada, desean que les escriban "Un asturiano patriota", "El león de la selva", "El rey de los gitanos" y "¡Por Dios, que sea morena!"

CASA EN BUENOS AIRES:
CABRERA, NÚM. 8.673

CASA EN NEW YORK:
52, STORE STREET

HIJOS DE YBARRA

COSECHEROS Y EXPORTADORES

ACEITES
Y
ACEITUNAS

APARTADO 15

SEVILLA (ESPAÑA)

PRODUCTOS QUIMICOS Y ABONOS MINERALES

ABRICAS

EN VIZCAYA
ZUAZO
LUCHANA
ELORRIETA
GUTURRIAY
OVIEDO (La Manjoya)
MADRID
SEVILLA (El Empalme)
CARTAGENA
BARCELONA (Badalona)
MÁLAGA
CÁCERES (Aldea-Moret)
LISBOA (Trafaria)

SUPERFOSFATOS Y ABONOS COMPUESTOS "GEINCO"

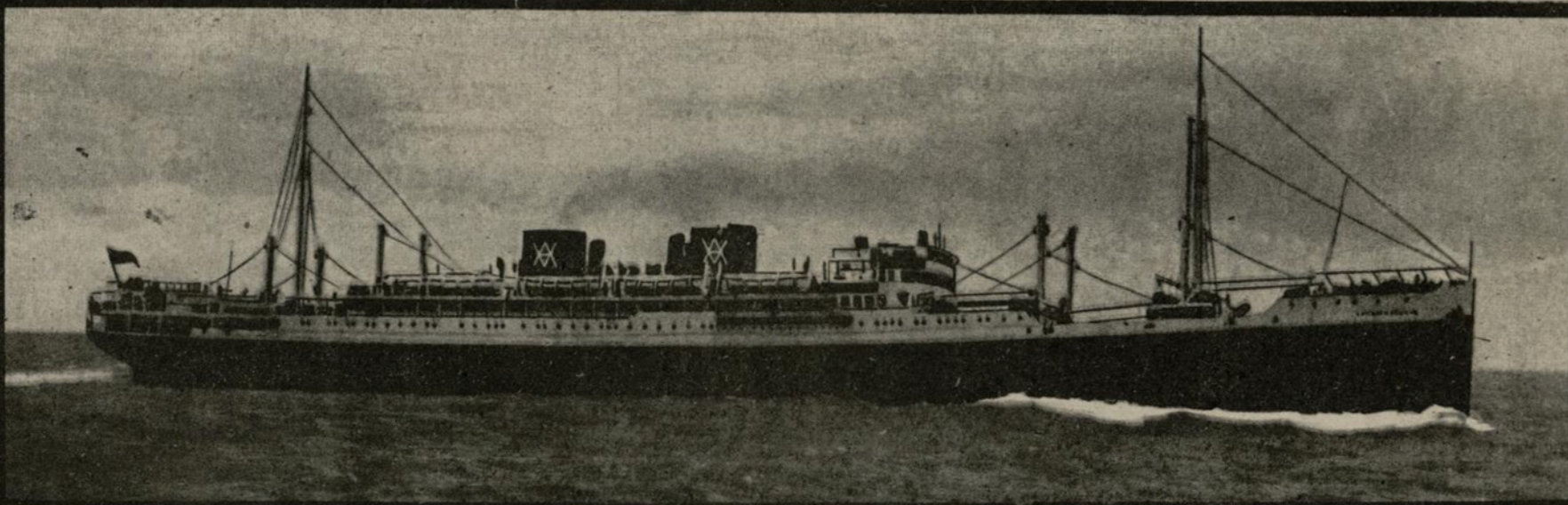
ÁCIDO SULFÚRICO
ÁCIDO SULFÚRICO ANHIDRO
ÁCIDO NÍTRICO
ÁCIDO CLORHÍDRICO
GLICERINA
NITRATOS
SULFATO AMÓNICO
SULFATO DE SOSA
SALES DE POTASA
DE NUESTRAS MINAS
DE CARDONA (Barcelona)

SERVICIO AGRONÓMICO:
LABORATORIO PARA EL ANÁLISIS
DE LAS TIERRAS

ABONOS PARA TODOS LOS
CULTIVOS Y ADECUADOS
A TODOS LOS TERRENOS

LOS PEDIDOS EN:

BILBAO: «Sociedad Ama. Española de la Dinamita».—Apartado 157.
MADRID: «Unión Española de Explosivos».—Apartado 66.
OVIEDO: «S. A. Santa Bárbara».—Apartado 31.



"YBARRA Y Cía., S. en C."

NAVIEROS
SEVILLA

Servicios regulares de cabotaje entre BILBAO, SEVILLA y MARSELLA y puertos intermedios.

Línea Mediterráneo-Brasil-Plata

Salidas regulares cada 21 días para SANTOS, MONTEVIDEO Y BUENOS AIRES.

Acomodaciones para pasajeros de 1.^a clase.

Buques especializados en el transporte moderno de pasajeros de 3.^a clase exclusivamente en camarotes.

Seguridad - Rapidez - Economía - Confort - Esmerado Trato - Comida Excelente.

INFORMES

En Sevilla: Oficinas de la Dirección - Menéndez Pelayo, 2. - Telegramas "Ybarra"

" " Wagons-Lits-Cook.-José A. Primo de Rivera, 12.

" " "Sleeping"

En Cádiz: D. Juan José Ravina-Beato Diego de Cádiz, 12.

" " "Ravina"

AGENCIAS EN TODOS LOS PUERTOS



CONSULTA MÉDICA

(Galindada, por GALINDO)

—Como me dijo usted que tomara un bote de bicarbonato...